

¿PARTIDOS A LA MEDIDA?

La oferta política en el Perú post-Fujimori



Mauricio Zavaleta*

EL FIN DE UNA ERA

En 2001, año de la primera elección presidencial sin Alberto Fujimori en una década, el APRA y el PPC obtuvieron en conjunto el 50% de los votos.¹ Cinco años más tarde, la suma de ambas organizaciones rondó el mismo porcentaje y el APRA regresó al poder luego de 25 años ¿acaso habían vuelto los partidos desde el pasado? Difícilmente. El retorno de Alan García activó una aletargada maquinaria aprista y el PPC encontró en Lourdes Flores una líder que le permitió expandir sus porcentajes históricos de votación; sin embargo, las estructuras partidarias no se fortalecieron significativamente.²

* Politólogo por la Pontificia Universidad Católica del Perú.

1 El PPC lideraba la alianza electoral Unidad Nacional en 2011. En las elecciones de 2000, el APRA no había podido superar el 2% de los votos, mientras el PPC no participó en la contienda.

2 En ninguna de las dos elecciones presidenciales en las cuales participó, Luis Bedoya superó el 12% de los votos.

En 2011, sin García como candidato, el APRA apenas logró superar el 5% de los votos y el PPC se vio obligado a integrar una alianza electoral que le permitiera conservar la inscripción.

Aliados de cara a las siguientes elecciones, la Alianza Popular (APRA + PPC) parece ser el último acto de una forma de hacer política que logró sobrevivir hasta las primeras décadas de siglo XXI, pero que carece de las armas suficientes para fortalecerse en un escenario que le es ajeno: el Perú post-Fujimori. Si bien García y Flores, representantes de la política profesional, han sido parte importante del *establishment* de los 2000, son actores en declive. Por el contrario, los principales candidatos presidenciales que compiten contra García representan a los actores que han ganado mayor

relevancia durante los últimos años: el fujimorismo (Keiko Fujimori), la tecnocracia (Pedro Pablo Kuczynski y Julio Guzmán) y el poder local (César Acuña). En una sola imagen, son buena muestra de la configuración del poder político en el Perú contemporáneo.

Aliados de cara a las siguientes elecciones, la Alianza Popular parece ser el último acto de una forma de hacer política que logró sobrevivir hasta las primeras décadas de siglo XXI, pero que carece de las armas suficientes para fortalecerse en un escenario que le es ajeno: el Perú post-Fujimori.

Con los partidos tradicionales al borde de la extinción definitiva ¿cuáles son los vehículos de representación de estos nuevos actores? Durante al menos dos décadas los políticos peruanos han sido reacios a la formación partidaria, priorizando la creación de agrupaciones personalistas, cuyo periodo de vida se restringe a la trayectoria de quien las encabeza. No estamos, como ha sugerido Carlos Meléndez, frente a protopartidos que no logran consolidarse por “fallas estructurales”, sino ante asociaciones coyunturales sin vocación de continuidad. Es explícito para los agentes que los contratos son de corto plazo y altamente proclives a reestructurarse con distinta configuración en la siguiente elección.

Como afirma John Aldrich, existe una diferencia importante entre una “coalición de élites para capturar y usar un cargo público” y un partido político. La coalición —una “agrupación temporal

conveniente a aquellos con intereses comunes”— sería un paso previo (más no suficiente) para generar un partido político, el cual constituye una coalición duradera que adopte reglas y procedimientos (1995:283-284). Herbert Kitschelt parece apuntar en la misma dirección cuando afirma que cualquier grupo de políticos que compite en elecciones bajo una misma etiqueta puede considerarse un partido en un sentido *institucional*, pero si no logra erigir una infraestructura administrativa (organización) o una mínima coherencia programática no se le puede considerar un partido en sentido *funcional* (2000: 848).

FORMACIÓN PARTIDARIA

Ahora bien ¿cómo se transita de coaliciones coyunturales a partidos funcionales?, ¿qué es lo que ha pasado en el Perú? Desde una lógica microfundacional propongo entender a los partidos como instituciones endógenas, moldeados por políticos ambiciosos en búsqueda de poder.⁴ Desde esta perspectiva, la formación partidaria dependerá de la capacidad (con la que cuentan) y los incentivos que enfrenten los emprendedores políticos. Cuando los partidos son percibidos como necesarios para superar los obstáculos que los políticos afrontan (como movilizar electores, aprobar leyes o superar a un rival organizado) estos estarán más dispuestos a formar partidos. Sin recursos y, centralmente, sin incentivos, su interés será marginal. De tal forma, la construcción partidaria responde al grado de inversión que realice un conjunto de políticos a fin de a) establecer un programa distinguible para los electores y/o b) formar una maquinaria para la movilización política.

En las últimas dos décadas, la inversión de los políticos en construcción partidaria ha sido extremadamente limitada. Alberto Fujimori ganó las elecciones

4 Al respecto ver Hanson (2010).

de 1990 sin articular una propuesta programática ni erigir una organización. Su triunfo marcó profundamente el desarrollo posterior del sistema de competencia: los independientes se multiplicaron en todo el país y cada aspirante presidencial optó por crear su propio vehículo personalista. La inversión para ingresar al mercado electoral fue percibida como baja y las posibilidades de ganancia, altas. Fue el origen del microempresariado político. Es por ello que todos los partidos fundados luego de los ochenta han sido vehículos personalistas: agrupaciones creadas por, y exclusivamente para, un solo aspirante presidencial (Levitsky y Zavaleta, en prensa).

Los nombres de los presidentiables sustituyen a una marca partidaria. Sin embargo, no son sustitutos perfectos.

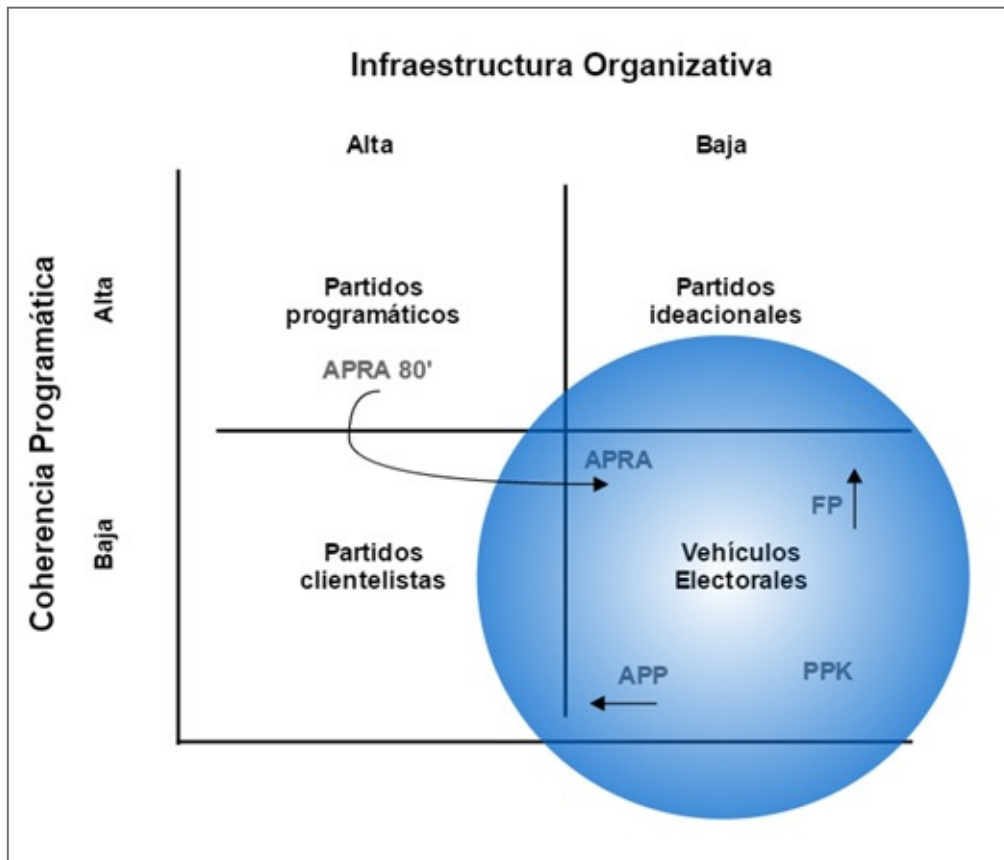
Sin claridad programática ni infraestructura organizativa, este tipo de vehículos están centrados en las características del líder o candidato presidencial. A través de ellos, los postulantes al parlamento se distinguen entre sí frente a los electores. Una muestra en el lenguaje cotidiano son las frases “el candidato X está yendo [postulando al congreso] con Keiko”, “Y está yendo con Acuña”. En ese sentido, los nombres de los presidentiables sustituyen a una marca partidaria. Sin embargo, no son sustitutos perfectos.

Las marcas que trascienden a los liderazgos comunican a los electores una posición dentro del espectro político o frente a asuntos que generan disenso en la sociedad. Al desarrollar una postura programática estable, los electores –incluso aquellos menos informados– pueden inferir el posicionamiento del partido y elegir de acuerdo a las alternativas que más se acomoden a sus propias preferencias (Kitschelt, 2000)

Por ejemplo, el APRA hasta 1990 contaba con una marca partidaria distinguible para todos los electores. Si bien había realizado alianzas con gobiernos y partidos de derecha en las décadas del cincuenta y sesenta, el partido ingresó en los ochenta claramente posicionado a la izquierda del espectro político. Más aun, supo conservar (y reproducir) la mística construida entre sus militantes durante los años de persecución. Pero la fuerza del partido no se limitaba a su identidad política. Contaba con un aparato partidario organizado y distribuido en la mayor parte del país. Con la llegada al gobierno en 1985, la maquinaria partidaria se benefició con el uso discrecional de los recursos del Estado y el carné aprista fue la llave de acceso a puestos de trabajo y diversas formas de beneficios materiales.

El siguiente gráfico -adaptado de Hale (2006:15)– clasifica a las agrupaciones políticas de acuerdo a los grados de coherencia programática o infraestructura organizativa. Los partidos programáticos son aquellos que cuentan con un programa de gobierno y han desarrollado una sólida estructura partidaria. El APRA, durante los ochenta, fue el único partido peruano que acaso podría ser incluido en esta categoría. En el cuadrante inferior derecho se ubican aquellos partidos que no han desarrollado ideas claras sobre cómo orientar las políticas públicas, pero sí cuentan con una maquinaria capaz de movilizar electores a través de beneficios selectivos. Muchos de los partidos históricos latinoamericanos podrían ser incluidos en esta categoría. De manera inversa, en el cuadrante superior izquierdo se encuentran aquellos partidos con un fuerte componente ideológico, pero limitados en infraestructura, como los partidos ecologistas del norte de Europa o los partidos comunistas de América Latina.

Gráfico I



Elaboración propia.

Por último, en el cuarto cuadrante se encuentran aquellas agrupaciones que ni se distinguen por una propuesta programática, ni cuentan con una organización de mayor alcance. Es aquí donde hallamos a los partidos políticos peruanos. Incluso el APRA se encuentra ubicado en este cuadrante. La marca del partido se vio seriamente afectada por su calamitoso primer gobierno y las políticas conservadoras seguidas por García en el segundo, luego de hacer una campaña desde la centro-izquierda. Cuando los partidos gobiernan mal o no cumplen sus promesas, la marca partidaria se diluye (Lupu, 2014). Por otra parte, el estilo de liderazgo de García ha sido devastador para la organización aprista, centralizando la toma de

decisiones y abocado a evitar el surgimiento de rivales internos. En cuanto a las agrupaciones creadas luego de 1990, estas se han comportado más como coaliciones coyunturales que como partidos funcionales. Inclusive, aquellos que tuvieron la oportunidad de formar una marca partidaria y organizar una mínima infraestructura desistieron de hacerlo. Tanto Perú Posible como el Partido Nacionalista pasarán a la historia como vehículos efímeros que ocuparon el gobierno.

ELECCIONES 2016

Las agrupaciones que lideran las encuestas a pocos meses de las elecciones presidenciales son buena

muestra de la predominancia de vehículos personalistas. Sin embargo, es posible encontrar algunos matices entre ellas. La agrupación de Pedro Pablo Kuczynski ilustra de manera casi perfecta el modelo de coalición de independientes. PPK ha convocado aliados en todo el país, pero sin invertir en formar un mínimo aparato de organización.⁵ En 2011, Kuczynski contó con el apoyo de las (limitadas) maquinarias del PPC, Restauración Nacional (redes evangélicas) y Alianza para el Progreso.⁶ Ahora, su nuevo partido, Peruanos por el Cambio, carece de vínculos a tierra, centrado en las reputaciones personales de sus aliados, todos migrantes de otras tierras. La plancha presidencial es un buen ejemplo: Mercedes Araos fue candidata presidencial por el APRA en la elección de 2011 (aunque renunció) y Martín Vizcarra fue gobernador de Moquegua por un movimiento propio: Integración Regional por Ti.⁷

Keiko Fujimori y César Acuña han realizado apuestas mayores. Heredera del capital político del Fujimorato, Keiko ha liderado la formación de un partido emergente, con una marca asociada a la estabilidad económica y la lucha contra la insurgencia senderista (así como la corrupción y el autoritarismo). Sin embargo, los activos han sido suficientes para contar con un porcentaje de votantes estables, algo que no parece haber sido logrado por ningún partido

formado luego de 1992. Consciente de la necesidad de desvincularse de los sectores más duros, Keiko inició desde hace 3 años la formación de una organización a nivel nacional que fortaleciera su posición frente a su padre y los políticos que les son leales. Fuerza Popular compitió en las elecciones subnacionales de 2014 con resultados parcialmente positivos (obtuvo 3 gobiernos regionales, más que cualquier otro partido) y se mantiene como el favorito para ganar la primera vuelta con cerca de 20 puntos porcentuales de distancia de sus contendores a febrero.

A diferencia de Alberto Fujimori, que se negó a formar una organización partidaria, Keiko ha invertido su herencia política en crear una coalición propia, la cual podría ser el origen de un partido fujimorista organizado.

A diferencia de Alberto Fujimori, que se negó a formar una organización partidaria, Keiko ha invertido su herencia política en crear una coalición propia, la cual podría ser el origen de un partido fujimorista organizado. No obstante, a diferencia de los fujimoristas históricos, aquellos que denunciaron ser perseguidos luego de retorno de la democracia, la lealtad de estos nuevos cuadros necesariamente será más limitada. Por ello, la continuidad de la organización dependerá de la habilidad de Keiko Fujimori para mantenerla activa, ya sea que tenga que volver a la oposición (la cual debiera experimentar más allá de Twitter) o gobernar. Si le toca lo último, reactivar los motores del crecimiento económico y controlar la inseguridad ciudadana será necesario para no diluir la marca heredada.

5 Lo mismo se puede decir de Todos por el Perú, la agrupación que postula como candidato presidencial a Julio Guzmán. Sin embargo, debido a su tardío crecimiento en las encuestas, no pudo atraer a candidatos (parlamentarios) competitivos al partido, algo similar a lo ocurrido en Lima con Susana Villarán en las elecciones municipales del año 2010. Fuerza Social ganó la municipalidad provincial pero perdió en todos los municipios distritales. Los candidatos atraídos por Villarán – cuando era una candidata marginal antes de su explosivo crecimiento – no eran ni medianamente competitivos.

6 En la alianza también participó el Partido Humanista.

7 Vizcarra fue previamente candidato a la presidencia regional de Moquegua por el APRA en 2006.

Por su parte, César Acuña ha invertido desde el 2006 en adelante en formar una maquinaria clientelista, la cual se encuentra asentada en La Libertad y otras regiones del norte donde existe presencia del consorcio universitario del que es propietario. Como bien ha demostrado Rodrigo Barrenechea (2014), Alianza para el Progreso obtiene mejores resultados en las provincias donde existe una sede de la universidad. De acuerdo con el autor, 30% de los candidatos a alcaldes provinciales que postularon en regiones con una sede universitaria fue elegido en las elecciones de 2014.⁸ Esto responde a los recursos proporcionados por las Universidades, los cuales son de gran utilidad para realizar campaña, como vehículos, imprenta, regalos como polos y tasas, y becas para ser sorteadas en actividades proselitistas.

Particularmente, en Trujillo, APP cuenta con una burocracia permanente, principalmente encargada de administrar los programas sociales del partido, los cuales involucran la Fundación Clementina Peralta de Acuña, más de sesenta escuelas para niños en edad preescolar; los Programas Urbanos Marginales de Asistencia en Salud – Pumas, centros médicos de atención inmediata; Agua es Vida, el cual reparte agua potable a través de camiones cisternas, entre otros mecanismos de entrega de beneficios selectivos (Zavaleta, 2014: 131-132). La propiedad de este tipo de maquinaria le ha permitido al partido atraer a políticos antes independientes, quienes reciben financiamiento para sus campañas e incluso puestos de trabajo administrativo o docente en la UCV (Barrenechea, 2014; Zavaleta, 2014).

Mientras Keiko recibió una pequeña base de militantes formados durante la “persecución política” (que es como los fujimorista llaman a los juicios seguidos tras la caída del régimen) que intenta moderar y expandir como organización para evitar

una nueva derrota, Acuña edificó una maquinaria clientelista regional en el momento en que tuvo que enfrentarse al aprismo libertino (Zavaleta, 2014). De esta manera, cuentan con raíces en el Perú fundado a inicio de los noventa – el fujimorismo como expresión del Fujimorato y APP como derivado de la liberalización de la educación superior – pero ambos tomaron forma a partir de sucesos ocurridos luego de la democratización de 2001: la necesidad del fujimorismo de sobrevivir políticamente (exacerbada por la condena de Alberto Fujimori por delitos de lesa humanidad el año 2009) y la apertura de espacios de poder en la periferia con el proceso de descentralización iniciado en 2002.

Luego del viraje del Partido Nacionalista en el gobierno no parece existir una organización que represente el más de 30% de los electores que apoyaron la Gran Transformación en 2011, mientras que en la derecha la sobre-población es asfixiante.

Lejos del “renacimiento” del sistema de partidos (Kenney, 2003) o el retorno – sino del sistema - de los partidos políticos a secas (Schmidt, 2003) el nuevo periodo democrático no fue terreno favorable para los partidos tradicionales. El APRA y el PPC retornaron como espectros de lo que algunas vez fueron, animados por liderazgos poderosos, mientras que Acción Popular y la Izquierda Unida desaparecieron.⁹ En este escenario, emprendedores políticos como Keiko Fujimori, César Acuña, Pedro Pablo Kuczynski y el propio Ollanta Humala

⁹ Si bien Acción Popular mantiene el membrete, esta se reduce a un limitado grupo de militantes. Si el partido obtiene un porcentaje de votos que le permita superar el umbral de representación será exclusivamente gracias a su candidato presidencial, Alfredo Barrenechea.

han compuestos agrupaciones a la medida de sus liderazgos (con sus iniciales como símbolo). Sin embargo, la ausencia de partidos tiene un serio impacto en la calidad de la oferta política. Luego del viraje del Partido Nacionalista en el gobierno no parece existir una organización que represente el más de 30% de los electores que apoyaron la Gran Transformación en 2011, mientras que en la derecha la sobre-población es asfixiante.

Cuando las marcas partidarias se vuelven indistinguibles entre sí, se refuerzan los incentivos para que cada político presidenciable forme su propio vehículo personalista, a la par que los electores no tiene otra opción más que decidir su votos sobre las cualidades personales - o ausencia del defectos (mal menor style) - de los candidatos en contienda. En un contexto de amplia incertidumbre como este, solo es posible pronosticar algo con certeza: el parlamento será el mismo. Llegarán nuevos representantes pero con la misma alergia a la deliberación que caracteriza al congresista promedio de los 2000 en adelante. La riña personal como política cotidiana y el remplazo de la propuesta por la diatriba están garantizados. ■

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aldrich, John. (1995). *Why Parties? The Origin and Transformation of Political Parties in America*. Chicago: University of Chicago Press.

Barrenechea, Rodrigo (2014). *Becas, bases y votos. Alianza para el Progreso y la política subnacional en el Perú*. Lima, IEP

Hale, Henry (2006). *Why Not Parties in Russia? Democracy, Federalism, and the State*. Nueva York: Cambridge University Press.

Hanson, Stephen (2010). *Post imperial democracies. Ideology and Party Formation in Third Republic France, Weimar Germany, and Post-Soviet Russia*. Nueva York: Cambridge University Press.

Kenney, Charles (2004). "The death and re-birth of a party system, Peru 1978-2001." En: *Comparative Political Studies*, Vol. 36, N° 10, pp. 1210-1239.

Kitschelt, Herbert (2000). "Linkages between citizens and politicians in democratic polities." En: *Comparative Political Studies*, Vol. 33, N° 6-7, pp. 845-87

Levitsky, Steven y Mauricio Zavaleta (En prensa). "Why no party-building in Peru?" En: Levitsky, Loxton and Van Dyck and Dominguez (Eds). *Challenges of Party-Building in Latin America*. Nueva York: Cambridge University Press.

Lupu, Noam (2014). "Brand Dilution and the Breakdown of Political Parties in Latin America". En: *World Politics*, Vol. 66, N° 04, pp. 561-602

Schmidt, Gregory. (2003). "The 2001 presidential and congressional elections in Peru." En: *Electoral Studies*, N° 22, pp. 344-351.

Zavaleta, Mauricio (2014). *Coaliciones de independientes. Las reglas no escritas de la política electoral*. Lima, IEP

Este artículo debe citarse de la siguiente manera:

Sosa, Paolo "¿Partidos a la medida? La oferta política en el Perú post-Fujimori". En *Revista Argumentos*, año 10, n.º 1 Febrero 2016. Disponible en <http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/partidos-a-la-medida-la-oferta-politica-en-el-peru-post-fujimori/> ISSN 2076-7722

¿POR QUÉ SOLO PODEMOS RESISTIR?: Sobre la complejidad de la horizontalidad

Diego Cerna*



Este artículo es un comentario sobre dos artículos de la edición de Argumentos de marzo del 2015: "Las "zonas" o la inesperada virtud de la anarquía" de Luis García y Jorge Vela, y "Eficiencia económica y malestar social" de José María Rentería, así como de la Mesa de Verde "Lo que nos dejó la Ley "Pulpín": preocupaciones laborales y politización de los jóvenes" realizada el 14 de abril del 2015.¹

¿Por qué los tecnócratas pueden proponer y sus oponentes del momento solo pueden reaccionar? La obvia (y sencilla) respuesta a esta pregunta es porque los primeros son parte del gobierno y los segundos no, con todas las relaciones de poder que esto implica.

Mi intención en este comentario es ir un poco más allá. ¿Qué accionar permite "ser parte del gobierno"? Y por otro lado, ¿qué accionar permite no estarlo? Respecto a la segunda pregunta, el artículo de García y Vela (2015) sobre las Zonas ofrece una buena respuesta: organizaciones horizontales

de resistencia permiten ejecutar acciones imprevistas y novedosas que, al menos en esta ocasión, contribuyeron al éxito de los fines de la organización. Por un lado, la imprevisibilidad de las acciones de la organización sorprende y dificulta las respuestas de sus oponentes. Por otro lado, la novedad facilita la exposición mediática de las acciones de protesta de la organización. El logro del objetivo (finalmente se derogó la Ley Pulpín) probaría, contra el sentido común, que cierto grado de desjerarquización en una organización puede ser un factor que contribuye a la consecución de un objetivo concreto.

¿Qué accionar permite ser parte del gobierno? Aquí me interesa tratar el penúltimo subtítulo del

* Comunicador, investigador joven del IEP.

¹ Una primera versión de este texto apareció en el blog personal de Diego Cerna: <http://contenidoaleatorio.blogspot.com/2015/04/por-que-solo-podemos-resistir-sobre-la.html>

artículo de Rentería (2015). Él sugiere que el accionar de los tecnócratas puede deberse a dos factores: "por un lado, podría tratarse de una ingenua desconexión entre el razonamiento de los tecnócratas y la vida real en su afán por buscar el "bien común", aunque por otro, una estrategia deliberada que responde a sus intereses". En lo que sigue del texto, Rentería se inclina más por lo segundo, incluyendo citas de distintos autores que hacen hincapié en el "pensamiento" de los tecnócratas. Si bien las motivaciones internas de los individuos son un elemento importante para explicar su accionar, no considero que sea suficiente y tampoco el más determinante. Cabe señalar que el principal objetivo del artículo de Rentería no es explicar el funcionamiento de la tecnocracia, sino las discordancias entre las condiciones en las que se daba la ley y sus justificaciones, a diferencia del artículo de García y Vela, el cual sí se concentraba en explicar el funcionamiento de las Zonas.

El punto central del asunto es la diferencia entre las explicaciones elegidas sobre el accionar de cada parte. Por un lado, los integrantes de las Zonas desarrollan sus acciones (por ejemplo, el plantón en la CONFIEP, la marcha a Miraflores) debido a su forma de organización (énfasis en la participación, horizontalidad), mientras que los tecnócratas desarrollan sus acciones (la creación de instrumentos de gobierno) debido a motivaciones internas ("pensamiento", "razonamiento", "intereses"). Grosso modo, por un lado tenemos individuos cuyo accionar se debe, en cierta medida, a la estructura de su organización, y, por otro tenemos, individuos que parecen estar libres de cualquier condicionamiento, con un alto grado de agencia.

Una salida de esta suerte de doble estándar es "concederle" el mismo grado de motivaciones internas a quienes forman parte de las organizaciones de resistencia. Probablemente esta sea una

salida que le interese a quienes quieren observar y estudiar a los actores específicos (p.e. voceros) dentro de estas organizaciones. No obstante, quisiera proponer lo contrario: ¿qué tal si, en lugar de buscar las motivaciones internas de quienes resisten, observamos los condicionamientos de la organización de los tecnócratas? Si la idea de "alternancia sin alternativa" es correcta, entonces considero que no deberíamos fijarnos tanto en los "intereses" de los tecnócratas, sino en la organización de la capa de tecnocrática que describe Alberto Vergara (2012). Hablemos de la organización de la tecnocracia en lugar de intereses de tecnócratas.

En las interpretaciones tenemos, por un lado, a individuos cuyo accionar se debe a la estructura de su organización, y, por otro, a individuos que parecen estar libres de cualquier condicionamiento, con un alto grado de agencia.

Si la idea de "alternancia sin alternativa" es correcta, entonces considero que no deberíamos fijarnos tanto en los "intereses" de los tecnócratas, sino en la organización de la capa de tecnocrática que describe Alberto Vergara.

Para tratar a la tecnocracia en términos similares a las Zonas establezcamos una rápida comparación a partir de dos puntos que considero cruciales. En primer lugar, mientras la organización de las Zonas requiere principalmente que sus integrantes participen, la organización de la tecnocracia requiere principalmente que sus integrantes ejecuten. En segundo lugar, mientras

que la organización de las Zonas trata de abarcar las acciones de sus integrantes (horizontalidad), la organización de la tecnocracia trata de secuenciar las acciones de sus integrantes (verticalidad).

Tabla 1. Comparación entre Zonas y tecnocracia

	Zonas	Tecnocracia
Requiere de sus integrantes	Participación	Ejecución
Comportamiento de la organización sobre las acciones de sus integrantes	Abarca	Secuencia

Elaboración propia.

Con esta diferenciación no quiero decir que, por ejemplo, la tecnocracia no requiera la participación de sus integrantes (claramente los instrumentos de gobierno no se escriben solos), o que las Zonas no requieran secuenciar las acciones de sus integrantes (como mencionan García y Vela, la toma de decisiones en las Zonas implicaba un proceso que iba desde las bases hasta las asambleas interzonales). Más bien quiero llamar la atención sobre cuáles son las características que tienen mayor prevalencia en las organizaciones.

En este punto es útil remitirnos a los conceptos de complejidad y complicación de Bruno Latour y Shirley Strum. Para estos autores, los tipos de sociedad que existen se pueden distinguir a partir

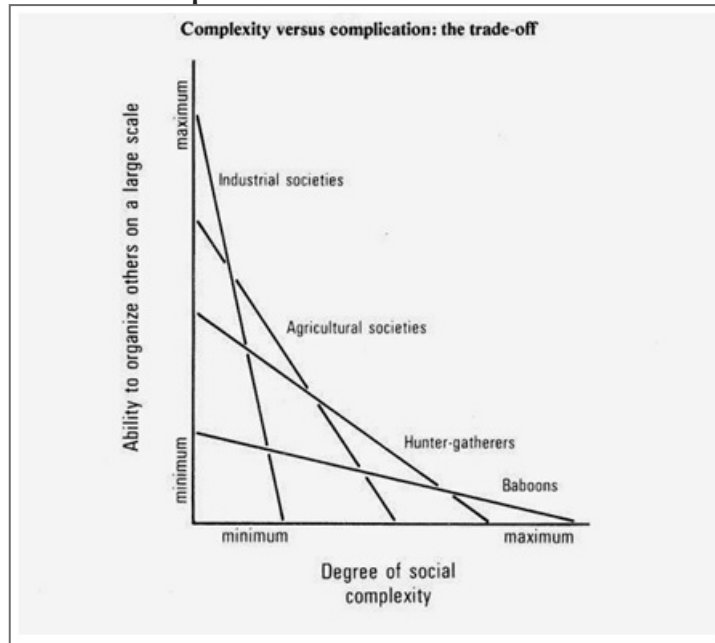
del grado de complejidad de sus relaciones y el grado de complicación que establecen para enfrentar esta complejidad. En *Redefining the Social Link: from Baboons to Humans* (1987), este par autores definen complejidad como: “abarcar simultáneamente una multitud de objetos”, y complicación de la siguiente manera: “algo es complicado cuando está compuesto por una sucesión de operaciones simples”. Para ellos, el paso de la complejidad a la complicación simplifica las interacciones sociales, debido a que precisamente permite ordenar factores que un individuo debe tener en cuenta en cada interacción. Este ordenamiento se realiza mediante el uso de recursos materiales y símbolos, reforzando y haciendo cumplir una visión específica de “lo que es la sociedad”. La complicación implica constancia y secuencialidad en el uso de recursos extrasomáticos, permitiendo el surgimiento de organizaciones de mayor estabilidad y escala:

“Al mantener una variedad de factores de manera constante y negociar secuencialmente una variable a la vez, una estructura complicada es creada. Mediante los recursos extrasomáticos empleados en el proceso de complicación social, unidades como corporaciones multinacionales, estados y naciones pueden ser constituidas.”

Latour y Strum ilustran el grado de complejidad y complicación en los distintos tipos de sociedades a través del Gráfico 1.

Ahora, si aplicamos estos dos conceptos a la comparación de las Zonas y la tecnocracia tendríamos el Gráfico 2.

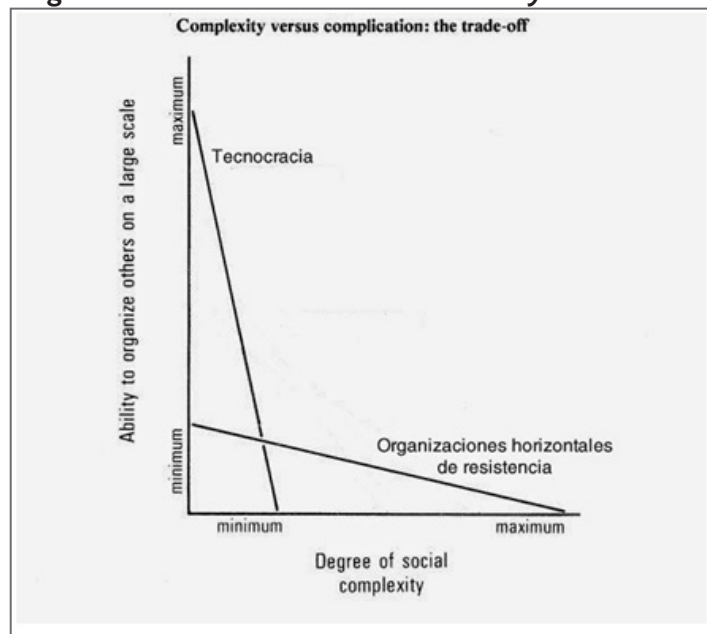
Gráfico 1. Relación entre grados de complejidad y complicación en las sociedades*



Fuente: Latour, B. y Strum, S.S. (1987). "Redefining the Social Link - from Baboons to Humans", p. 783.

* Considero que el eje vertical debería decir "Ability to organize others on a large scale in a stable way".

Gráfico 2. Relación entre grados de complejidad y complicación aplicada a la comparación entre organizaciones horizontales de resistencia y la tecnocracia



Fuente: Elaboración propia sobre la base de Latour, B. y Strum, S.S. (1987). "Redefining the Social Link - from Baboons to Humans", p. 783.

Por un lado tenemos a la tecnocracia, en la cual el grado de complejidad es bajo y el de complicación es alto. La tecnocracia utiliza una serie de recursos materiales y símbolos (sistemas administrativos, softwares, marcos normativos, formularios, etc.) para hacer cumplir y reforzar su visión de cómo debe ser la sociedad. El uso de estos elementos le permite que la capa tecnocrática tenga estabilidad (por más de 20 años) y una escala lo suficientemente extensa como para cubrir puestos claves en el Estado. Por otro lado, tenemos a las Zonas (o, en general, a cualquier organización horizontal de resistencia), las cuales también utilizan recursos materiales y símbolos (social media, comunicados, acuerdos) aunque estos recursos no son creados específicamente para los fines de esta organización, por lo que su uso es “limitado” (en comparación a los recursos utilizados por la tecnocracia, los cuales si son creados específicamente para los fines de la organización). Esta limitación del uso de los recursos a su vez refuerza la tendencia a la complejidad de la organización, ya que esta no puede delegar la regulación de ciertas interacciones a estos recursos. Es precisamente por esta falta de delegación material y simbólica que estas organizaciones pierden tanto en estabilidad y escala fuera de coyunturas críticas.

Las estrategias empleadas por estas organizaciones horizontales son lo que Nick Srnicek (2014) llama “Folk Politics” (“Políticas Folclóricas”). Al igual que García y Vela, Srnicek reconoce la eficacia de este tipo de estrategias para ciertos tipos de objetivos, pero cuestiona su eficacia para enfrentar la complejidad del capitalismo.

“... las PF [Políticas Folclóricas] solo son un problema para un tipo particular de política (específicamente movilizaciones colectivas a gran escala en contra de estructuras capitalistas de poder), aunque pueden ser suficiente para otros proyectos

de menor escala, como batallas diarias en contra de desahucios y embargos. Si bien el surgimiento de PF como un sentido común entre la izquierda puede ser visto como una respuesta razonable a los fracasos del comunismo realmente existente y de la izquierda socialdemócrata en Europa, sus estrategias de horizontalismo, localismo, y acción directa son incapaces de atender las complejidades globales del capitalismo contemporáneo.”

La tecnocracia utiliza una serie de recursos materiales y símbolos para hacer cumplir y reforzar su visión de cómo debe ser la sociedad, lo que le permite estabilidad y cobertura de puestos claves en el Estado.

Con este argumento, Srnicek responde a quienes lo acusan haber propuesto (2013) una aproximación puramente tecnocrática a la política, desconectada de movimientos locales. Por el contrario, Srnicek propone la integración de estos movimientos para lograr un desarrollo sociotécnico, es decir, desarrollar de recursos materiales y símbolos que sirvan específicamente para sus objetivos. No obstante, Srnicek no sugiere que este desarrollo sea determinado por una élite, sino que tenga un fin abierto, que “navegue” entre una visión global de la sociedad y las demandas van emergiendo a partir de necesidades específicas, una dicotomía que finalmente según el autor sería falsa, debido a que el patrón de emergencia espontánea de demandas finalmente termina constituyendo cómo creemos que debe ser la sociedad.

“El aceleracionismo, como estrategia política, apunta a integrar varios movimientos locales dentro de una

estrategia global dirigida al desarrollo de una hegemonía sociotécnica. En lugar de descartar ambiciones hegemónicas como inherentemente corruptas o instrumentalizadoras, Nick [Srnicek] argumenta que renunciar a estas ambiciones significa básicamente renunciar a la lucha política. Lo que necesitamos, sin embargo, no es un plan de acción completo o una teleología impuesta sobre movimientos locales por una vanguardia aceleracionista, [...] sino una estrategia de final abierto que navegue entre la falsa dicotomía de teleología y espontaneidad emergente.”

La Ley Pulpin “se metió directamente con las personas”, lo cual generó un discurso que “pegó” y provocó la reacción de distintos grupos que finalmente confluyeron en las Zonas.

Durante discusión de la mesa surgió una pregunta: ¿qué es lo que hace que una coyuntura sea crítica? Es decir, ¿qué es lo que hace que surja una organización horizontal de resistencia? Una de las respuestas propuestas, con la cual estoy de acuerdo, fue que la Ley Pulpin “se metió directamente con las personas”, lo cual generó un discurso que “pegó” y provocó la reacción de distintos grupos que finalmente confluyeron en las Zonas. Esta respuesta a su vez plantea nuevas preguntas: ¿Por qué las Zonas no han logrado una movilización de la misma magnitud nuevamente? ¿Cómo hacer sentir a los individuos que existen diversas acciones y decisiones del Estado y de actores privados que “se meten directamente con ellos”? ¿Cómo hacer que algo “pegue” nuevamente?

A riesgo de decir algo obvio, creo que nada está tan politizado como las remuneraciones y beneficios laborales de las personas, lo cual está bien

pero es limitado. Un primer paso sería encontrar el modo de lograr que otros asuntos tan inmediatos y tangibles como el transporte, la seguridad, el medioambiente, la salud o la educación también sean politizados en lugar de ser dejados en manos de expertos, algo que se cuestiona en el aspecto económico pero no tanto en estos otros ámbitos (¿o acaso solo el MEF tiene una capa tecnocrática?). ¿Qué discursos pueden politizar estos asuntos y hacerlos “pegar”? Un paso segundo paso, más trascendente, sería iniciar un proceso de desarrollo sociotécnico, es decir, de recursos materiales y símbolos, que permita la constitución de estructuras estables y escalables con el fin de poder responder de manera constante a las acciones y decisiones de la tecnocracia estatal. Como nos recuerda Srnicek (2014), nuestro objetivo no debe ser solo una sociedad con mayor igualdad y justicia, sino también más racional, eficiente y productiva. Renunciar a esto es resistir, y resistir es rendirse.²

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

García, Luis y Jorge Vela (2015). “Las “zonas” o la inesperada virtud de la anarquía”. En *Revista Argumentos*, Edición N° 1, Año 9, Marzo 2015. Disponible en <http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/las-zonas-o-la-inesperada-virtud-de-la-anarquia/>

Latour, Bruno y Shirley Strum (1987). “Redefining the Social Link: from Baboons to Humans”. En: *Social Science Information*. December 1987, vol. 26, no. 4, páginas 783-802.

Rentería, José María. “Eficiencia económica y malestar social”. En *Revista Argumentos*, Edición N° 1, Año 9, Marzo 2015. Disponible en <http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/eficiencia-economica-y-malestar-social/>

² “Resistance is surrender” (Žižek 2007)

Smicek, Nick y Alex Williams. (2013) *#ACCELERATE MANIFESTO for an Accelerationist Politics*. Disponible en: <http://criticallegalthinking.com/2013/05/14/accelerate-manifesto-for-an-accelerationist-politics/>

Smicek, Nick (2014). *The Eyes of the State*. Disponible en <http://incrediblemachines.info/nick-smicek-the-eyes-of-the-state/>

Vergara, Alberto. "Alternancia sin alternativa: ¿un año de Humala o veinte años de un sistema?". En *Revista Argumentos*, Edición N° 3, Julio 2012. Disponible en <http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/alternancia-sin-alternativa-un-ano-de-humala-o-veinte-anos-de-un-sistema/>

Žižek, Slavoj (2007). "Resistance Is Surrender". En: *London Review of Books*, Vol. 29 No. 22 · 15 November 2007, página 7.

——— (2014). Nick Smicek: *Folk Politics and the Future of the Left*. Disponible en <http://www.60pages.com/nick-smicek-folk-politics-and-the-future-of-the-left/>

Este artículo debe citarse de la siguiente manera:

Cerna, Diego. "¿Por qué solo podemos resistir?: Sobre la complejidad de la horizontalidad", año 10, n.º 1 Febrero 2016.

<http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/2922/>
ISSN 2076-7722

PRESENTACIÓN

Los artículos de esta sección se inscriben en el marco del vigente programa institucional del IEP, titulado “Estado y sociedad en el Perú de ingreso medio”. Los programas institucionales son uno de los elementos centrales de la actividad intelectual de quienes trabajamos en esta casa. Aproximadamente cada tres años, los investigadores y el consejo directivo elegimos una gran cuestión o una pregunta central, que articula nuestra reflexión. Los proyectos institucionales no buscan tanto llegar a repuestas concretas, sino analizar la complejidad de los problemas que encara el Perú, desde diferentes entradas disciplinarias, temáticas, metodológicas e incluso ideológicas.

Por supuesto, mientras dura un programa institucional, los investigadores del IEP seguimos haciendo también otras cosas. De hecho, sobre todo hacemos otras cosas, ya que el programa institucional

solo insume una parte de nuestro tiempo de trabajo: nos dedicamos a nuestras propias agendas de investigación, que pueden o no tener que ver con el programa institucional, realizamos consultorías y estudios, publicamos libros, participamos en eventos académicos y redes de intercambio nacionales e internacionales, etc. Pero los programas institucionales de una manera sutil permean estas otras actividades, ya sea de directa o indirectamente. Marcan el tono y el centro de gravedad de nuestras discusiones, son el eje de nuestros debates internos y el tema que volvemos recurrentemente.

Los programas institucionales que desarrolla el IEP cuentan con fondos de diferentes donantes, que a veces son más o menos generosos, dependiendo de las coyunturas y de nuestra capacidad para presentar propuestas atractivas. Dentro del paraguas general, se incluyen proyectos de diferentes

dimensiones, algunos de ellos conducidos por un solo investigador y otros por grupos de investigadores. Una premisa de partida es que se privilegian los equipos interdisciplinarios e intergeneracionales. También pueden dar lugar a libros o incluso a nuevas serie editoriales sobre temáticas específicas, como es el caso de la serie “Estudios sobre desigualdad” inaugurada en el marco del anterior programa institucional”.

Para quienes trabajamos en el IEP participar en el programa institucional es parte de nuestro compromiso con la institución. En términos económicos, la mayor parte de los fondos se dedican a gastos de investigación, y no a remuneraciones, por lo que esta no es nunca la razón última que mueve a un investigador a involucrarse. En contrapartida, sin embargo, los programas institucionales nos permiten debatir y aprender con nuestros colegas, renovar nuestros enfoques y realizar actividades que en última instancia (esperamos) contribuyan a fortalecer al propio IEP como centro de investigación y debate a nivel peruano y latinoamericano.

El actual programa institucional tiene cuatro ejes: (i) indagaciones sobre el vínculo entre crecimiento

económico y reducción de la pobreza, a través del gasto público; (ii) indagaciones y debates sobre la nueva estructura social y las nuevas dinámicas de relación con el Estado, (iii) indagaciones y debates sobre las agendas de cambio en el Perú de ingreso medio y (iv) etnografías del Estado, tal como este funciona realmente en la práctica. Los artículos incluidos en este número pertenecen al primer grupo de investigaciones, iniciadas en 2014, y que como tales se encuentran próximas a concluir. Lo que publicamos son sus conclusiones y análisis preliminares, que como siempre en estos casos están sujetos a críticas y debates.

Como complemento, este número incluye también una conversación entre María Isabel Remy, directora de investigaciones del IEP y coordinadora del programa institucional, y el reputado sociólogo Guillermo Rochabrún. Ambos conversan, desde sus miradas interna y externa respectivamente, sobre lo que un programa institucional puede y debe ser en el Perú de nuestros días, cómo se pueden lograr los resultados deseados y qué riesgos conllevan este tipo de iniciativas. En números posteriores esperemos incluir también otros artículos sobre las investigaciones que actualmente están en curso. □

AGENDAS DE INVESTIGACIÓN EN EL PERÚ DE INGRESOS MEDIOS: Una conversación

María Isabel Remy*
y Guillermo Rochabrún**



Con motivo de la publicación de los avances de algunas investigaciones enmarcadas en el proyecto institucional del Instituto de Estudios Peruanos, la Revista Argumentos juntó a María Isabel Remy y Guillermo Rochabrún para conversar sobre las características del programa institucional del IEP, así como sobre los temas que aún requieren mayor discusión desde las ciencias sociales.

Hace algunos años, las instituciones que producían conocimiento de calidad en el Perú eran pocas. Estaba el Instituto de Estudios Peruanos (IEP), la Universidad Católica (PUCP) y otras más. Ahora, eso, de alguna manera, ha cambiado. Son más los actores que participan en toda la creación de conocimiento. Hay universidades, que publican temas académicos, revistas, etc. ¿Qué papel, te parece, que tiene el IEP en este nuevo contexto de producción y difusión del conocimiento más descentralizado? ¿Qué puede aportar el IEP de diferente en este contexto?

* Investigadora del IEP.

** Sociólogo. Profesor en la PUCP.

María Isabel Remy: Lo primero que me gustaría comentar es que el cambio, desde hace algunos años, no solo es un cambio en la cantidad de instituciones que producen conocimientos. Hay un cambio, me parece, muy importante en la relación de ciencias sociales con la política. Lo que hay hoy en día son más instituciones, -no sé si de calidad o de más calidad- pero, en todo caso, que producen un conocimiento muy especializado. El conocimiento se ha vuelto más disciplinario, más especializado. Entonces, en este contexto, creo que el rol que podría tener el IEP podría ser el mismo rol que tuvo antes: producir un conocimiento crítico y levantar debates relevantes sobre el país. Aunque creo que tampoco se está cumpliendo actualmente. Mientras hay mucha discusión y muy

especializada, que podría aportar de diferente manera, una institución como la nuestra podría aportar un conocimiento crítico, y no solamente un conocimiento que sea útil a las políticas públicas, sino a la discusión sobre la política, sobre la orientación de la sociedad.

Guillermo Rochabrún: Todos los términos en la pregunta deberían ser factibles de precisarse en algún momento. Estamos hablando de un antes y un después, pero ¿cuándo? Existen varios “antes”, varios “después”. Yo no creo que sean solamente dos momentos; y ese es un riesgo: que siempre, o con mucha frecuencia, se tiende a dicotomizar. De ese modo todo lo anterior queda asimilado a un solo formato. Luego, la otra cosa es qué organizaciones, qué instancias, qué entidades tenemos en mente cuando hablamos de esos cambios. De un lado, sí han aparecido una serie de universidades que yo no sé qué tanto estén haciendo investigación, pero tienen una impresionante serie de publicaciones. En la Feria del Libro, por ejemplo, me quedo perplejo de ver el stand de la Universidad Alas Peruanas, pero nunca he sabido que tengan un centro de investigación. Entonces, si uno va al circuito de producción y edición, a lo mejor en estas entidades tenemos una emisión de resultados; habría que preguntarse dónde ha sido hecha su producción. Por otro lado, hay consultoras, cosa que antes no existía; o aparecen empresas que hacen investigaciones de mercado, y que incursionan en cosas parecidas a las Ciencias Sociales. Tenemos, por ejemplo, el Instituto Cuánto de Richard Webb, y también lo que hace Rolando Arellano. Aparte de otras entidades de ya más larga trayectoria como Apoyo. Son lugares donde, en muchos casos, trabajaban a pedido de un cliente y hay un conocimiento que luego se proyecta a través de una noticia periodística, donde se dan a conocer los resultados de un informe que no circula públicamente. Aquí hay una cuestión que

me parece central en el conocimiento científico, cual es el carácter público del conocimiento que se consigue, que se genera.

Y, yo creo, que ese es un eje central del tipo de institución, del tipo de trabajo de estos centros, digamos, más tradicionales, más ligados a la forma universitaria de antes. Ahí podemos incluir Universidad del Pacífico, a DESCO, a GRADE. Está el carácter público del conocimiento, de un conocimiento que, se supone, está puesto a debate. Un debate que no tiene por qué quedar solo entre los especialistas. En ese sentido, me parece que una institución como el IEP debería trabajar más asociadamente o con más conocimiento mutuo, ver en qué anda cada uno. Porque, en alguna medida, todas las otras instituciones han entrado a trabajar con la modalidad de consultorías. Entonces, la pregunta es ¿qué pasa con el informe con el cuál termina la consultoría? ¿Es una pregunta que queda en el informe, o puede pasar a formar parte de otro tipo de producto: se le puede sacar más partido a ese conocimiento?

María Isabel Remy: Curiosamente, para complementar lo que dijiste, la mayoría de convenios de consultoría con el Estado son convenios de confidencialidad.

Guillermo Rochabrún: Con el Estado, justamente. Esto debiera ser inadmisible.

María Isabel Remy: A eso me refiero. Que tú hagas un convenio de confidencialidad con las comunidades, yo no sé; pero, ¿con el Estado peruano? Son convenios de confidencialidad. Entonces tenemos investigaciones que, en algunos casos, son muy interesantes y que, si fueran públicas, podría haber una mayor presión social para que se convirtieran en políticas públicas porque están bien hechas, porque son interesantes, hay

interlocutores. Pero terminan, por los convenios de confidencialidad, en una gaveta de escritorio. Y eso se ve muchísimo.

En este contexto de “fragmentación” de las agendas de investigación, tanto de manera individual como institucional, ¿cómo sería posible darle continuidad y coherencia a una agenda de investigación? Sobre todo en instituciones como la nuestra que no cuentan con el respaldo de una universidad, que no cuentan con respaldo estatal y que, dependen de los recursos que generan.

María Isabel Remy: En el asunto de las agendas de investigación, creo que Guillermo ha avanzado las ideas. Habría que tener un mayor conocimiento conjunto. Una de las cosas que ha pasado es que cada vez hay menos espacios de intercambio de investigación. Una de las pocas instituciones que marca una agenda de investigación es SEPIA. Entre que la recoge y la marca, como que recoge lo que ha se ha producido, y propone para el siguiente SEPIA una nueva temática. Pero, eso es casi una excepción, casi enfrenta las leyes de la gravedad. Esto pudo haberse caído, y no se ha caído.

Yo creo que habría que hacer un esfuerzo de mayor coordinación, y mayor intercambio de conocimientos. El IEP ha tenido tradición de intercambio. Yo creo que no debería seguir pasando tiempo sin que los resultados de investigación o propuestas de investigación sean compartidas con otros investigadores. Dentro del programa institucional, además, hemos logrado armar un grupo de trabajo para elaborar bibliografía. Eso no debería ser solo nuestro, podríamos tener un grupo de trabajo con diferentes instituciones, con agendas relativamente semejantes de investigación. Pero, es cierto que no hay una institucionalidad, un marco institucional que le dé a esto forma.

Guillermo Rochabrún: Yo creo que algo muy singular en el IEP es su antigüedad y su continuidad. Son las dos cosas, porque no podemos tener la primera sin la segunda. El IEP tiene una trayectoria. Una trayectoria en la cual el país ha sido auscultado en su pasado, en su presente, en el pasado de este presente y, bueno, a veces en pasados definitivamente pasados. Pero resulta que si ahora leemos los primeros textos, son de cincuenta años atrás y eso ya puede interesarle a un historiador casi tradicional. Ya no es estrictamente historia inmediata.

El IEP no debe descuidar esa trayectoria, de modo de que pueda hacer un doble trabajo intelectual. Uno es de revisión de lo que se dijo en tal o cual momento. Donde, por ejemplo, se decía que tal fenómeno desembocaría en tal cosa ver si desencadenó en tal cosa o no. En base a eso, hacer un replanteamiento de lo que se dijo, y, así sucesivamente, hasta llegar al momento actual. Eso deberían hacerlo una y otra vez, de modo que a lo largo del tiempo vayan apareciendo nuevas preguntas o nuevos términos de las preguntas previas. Porque en el campo científico no cabe hacer borrón y cuenta nueva. El IEP tiene todos los elementos para que eso no ocurra

A la hora de pensar en un proyecto de investigación institucional en un centro como el IEP, ¿Deberíamos apostar por hacernos grandes preguntas con enfoques interdisciplinarios, aun con el riesgo de no llegar a respuestas claras? ¿O deberíamos enfocarnos en aquellas áreas en las cuales estemos más seguros y podamos aportar más?

Guillermo Rochabrún: Me parece que hay que hacer las dos cosas, y no verlas como alternativas. Vamos a ver, yo encuentro ahora un gran riesgo, porque hay mucha información e ideas

que pasan por ser conocimiento, pero provienen o tienen una suerte de marco conceptual sumamente escuálido, a partir de meros indicadores. El indicador sustituye al concepto, y el indicador termina armando una problemática. Creo que hay que trabajar con indicadores, pero hay que impedir que el indicador sustituya al concepto. Doy un ejemplo: clase media. “Clase media” se ha convertido en un indicador respecto al cual tenemos categorías: bajo, medio, alto. Es decir, se trazan puntos de corte y lo que está al medio corresponde a clase media. La clase media se ha constituido a partir del indicador y punto.

María Isabel Remy: Bueno, perdón que te interrumpa, pero esto sucede en la mayoría de temas. Por ejemplo, que se considere a la pobreza como un punto al interior de un continuo de ingresos y se establezca a partir de dónde las personas pobres. Eso le reventaba a Francisco Verdara. Ahí la pobreza no es un concepto y tampoco demarca una realidad. Solamente es un instrumento que sirve para canalizar políticas, pero incluso para eso sirve mal.

Cuando te escuchaba hablar, también pensaba en la desigualdad, que me parece que ahora es otro indicador que, además, tiene un nombre propio: “Índice de Gini”. El índice sustituye un concepto y una forma de definir un campo de estudio. Ese tipo de cosas a mí me preocupan mucho porque, en las ciencias sociales peruanas, en la medida que la mayoría de nosotros vive de consultoría al Estado o de mediciones de desarrollo, este tipo de indicadores se constituyen en una especie de trama de conceptos al interior de los cual tú te mueves.

Guillermo Rochabrún: Diversos agentes que tienen algún grado de poder trabajan con esos conceptos. Existen políticas que se definen a partir de

esos conceptos. No son solo conceptos: terminan siendo fenómenos reales. Esa es una razón más para confrontarlos, trabajar con ellos y tomar distancia frente a ellos. El asunto es que tienen que ser colocados frente a lo que es específico y propio de las ciencias sociales, tal como las hemos entendido desde que tenemos uso de razón sociológica. Entonces, hay que articular esto, calce o no calce bien, en temáticas de mayor vuelo.

Esto, repito, es fundamental en instituciones como el IEP, que tienen trayectoria y pueden -y deben- revisar estos temas. No hay nada sagrado. De modo de que podemos regresar sobre nuestros pasos, modificar lo que se dijo en algún momento y volver a trabajar las cosas de manera que sigan siendo pertinentes, que se vea su pertinencia por el momento actual. Un ejemplo es el “péndulo peruano” que es algo así como un gran diagnóstico que salió del IEP (González de Olarte y Samamé 1991). Me da la impresión que fue el último, hace casi un cuarto de siglo.

María Isabel Remy: Esta por volver a hacerse... hasta el año pasado se había dicho “se acabó el péndulo”, pero ahí está.

Guillermo Rochabrún: El asunto es que el diagnóstico sale en el momento en el que el péndulo dejó de oscilar. Ahora, yo me acuerdo que, más o menos por esa época, había ideas sobre la inflación, sobre las causas de la inflación y qué debería pasar para que ya no la hubiera. Creo que César Herrera escribió un artículo, que sacó el IEP al respecto. Bueno, la inflación terminó por causas que nada tenían que ver con ese diagnóstico. Ese es un caso que debería volverse a ver. De la misma manera, cuando leemos ese libro, deberíamos preguntarnos ¿qué debería pasar para que el péndulo dejase de oscilar? ¿Y cómo fue que efectivamente dejó de oscilar?

María Isabel Remy: Ha empezado a oscilar.

Guillermo Rochabrún: Bueno, habría que ver si ha comenzado a oscilar de nuevo. Todo eso me parece apasionante, pero solo podemos hacerlo si miramos hacia atrás.

Marisa, en tu experiencia como directora de Investigaciones, ¿cómo ves esta tensión entre las grandes preguntas y las áreas de expertise dentro del IEP?

María Isabel Remy: Yo creo, personalmente, que el Instituto se tiene que hacer grandes preguntas.

¿Aún con el riesgo de no contestarlas?

María Isabel Remy: Como orientadoras de una discusión que se levanta sobre la base de un recorte preciso de la realidad. Pero, creo que sí, que no podemos dejar de tener grandes preguntas. En realidad, el programa institucional actual, por ejemplo, de esta gran sociedad del Perú de ingresos medios, que yo sé que no le gusta a Guillermo. Es un tema que también podría ser pensado como “El Perú de predominio empresarial”, es decir, de las relaciones Estado/sociedad organizadas desde la lógica del predominio de la gran empresa. Ese era el Perú de renta media. Para algunos sí es el Perú que tiene una trampa del ingreso medio y todo lo demás, pero no es solo eso.

Lo que buscamos es dar cuenta de que no solo ha cambiado la economía, sino que han cambiado las relaciones entre los actores sociales y las relaciones de estos con el Estado. El hecho de que la crisis del sistema de partidos políticos no es ajena a la creciente pulverización de la sociedad, ni al rol del Estado actual, a la presencia de una tecnocracia y a la imposición de un sistema administrativo que enjuaga la acción del Estado, la definición del

pobre como un indicador. Todos estos elementos, que no existían en los años ochenta ni antes. Son elementos que han sido, como en todo el mundo, reelaborados en función de un predominio económico, político y cultural de la gran empresa.

El tema es grande, pero vamos entrando desde pedazos para levantar esa discusión. La discusión sobre relaciones Estado-sociedad en el Perú no quiere ser otro texto celebratorio del ingreso medio y la reducción de la pobreza, o la idea de que estamos a punto de entrar a la OCDE. Uno puede poner fotos de las comunidades campesinas y te botan de la OCDE. Por eso es que el programa institucional soporta un grupo de trabajo, porque requiere también tocar teoría, trabajar algunos enfoques teóricos nuevos o revisar viejos. No estás tratando un tema hiper-acotado ni un indicador, como “El Estado y los movimientos sociales en los últimos cuatro años”, como en proyectos anteriores.

Y, en ese contexto, ¿qué te parece que puede aportar el proyecto del IEP en ese debate?

María Isabel Remy: Yo creo que puede aportar una mirada crítica a esos actos celebratorios, y una posibilidad de volver a pensar la economía y la política desde otras alternativas, otras entradas.

Guillermo, ¿cómo ves tú este debate?

Guillermo Rochabrún: Cuando he leído el proyecto institucional, he tenido la impresión de que, sea por “creación heroica propia” o porque ha sido tomado de otro lado, se asumía que todo empezó en los noventa. Por eso mi énfasis en la trayectoria del IEP, pues el IEP había hablado antes de una serie de procesos, que debían seguir auscultándose en medio de estas transformaciones dirigidas, y probar si habían continuado o no habían conti-

nuado. Hay muchas cosas que venían de antes. Y eso me parece muy importante considerarlo.

De otro lado, hay fenómenos que viniendo de antes adquieren una peculiaridad después de los años noventa, y esto tiene muy poco que ver con las transformaciones hechas por el Estado a partir de esos años. Me refiero a la economía ilegal, que no ha dejado de crecer y de diversificarse. Es un fenómeno no solo basto, sino complejo y diverso. Desde el narcotráfico y la globalización que supone, hasta otro lado, que yo supongo, son cosas meramente locales como mafias que extorsionan a taxistas o a construcción civil, y así. Pero todo eso se ha ido expandiendo. No sé tampoco si todo está entrelazado -no lo creo-, pero tiene un papel, un peso creciente en la sociedad. Existía antes, pero ahora tiene otra dinámica, otra lógica u otras lógicas. Es un tema nuevo, de las últimas décadas y que no tiene que ver con las políticas de los noventa, o si entramos a un “ingreso medio”.

María Isabel Remy: Sí tiene que ver...

Guillermo Rochabrún: Bueno, obviamente no es un mundo aparte, pero que sea “una derivación necesaria de” también sería un poco apresurado decirlo *a priori*. En todo caso, es algo que me parece fundamental a la realidad y que no está [en el actual programa institucional del IEP].

María Isabel Remy: Sí está...

Guillermo Rochabrún: Bueno, pero como algo a investigar; como parte del cuadro global de lo que es el país hoy, me parece que no está. Menciono aquí un nombre: Francisco Durand, quien afirma que debemos entender a este país como una conjunción de tres economías: la economía formal, la informal y la ilegal (Durand 2008). Además, lo que sostiene es que ninguna funciona de forma autó-

noma frente a las otras. Esto me parece una idea seminal, que deberíamos confrontar, afrontar, discutir. Es una gran pregunta que desborda por completo cualquier pedido [de consultoría] específico. Y con esto que no estamos hablando de “teorías”. Claro, hay un elemento conceptual en esto, pero estamos hablando sustancialmente de fenómenos reales que aparecen en los periódicos diariamente.

Marisa, para concluir la conversación a partir de lo que Guillermo nos ha dicho sobre este tema, ¿cuáles crees que son los temas o las grandes preguntas que deberíamos hacernos y que no nos estamos haciendo?

María Isabel Remy: Bueno, los vínculos entre fenómenos que miramos en paralelo, sin conexión entre ellos. Por ejemplo, lo que ha señalado Guillermo al nivel de la economía. Jürgen Golte ha insistido en el tema de la economía ilegal. Nosotros nos hemos planteado la relación de economía informal con economía formal bajo la pregunta de por qué el crecimiento económico se traduce en la reducción de la pobreza. Por ejemplo, el trabajo de Ludwig Huber y Leonor Lamas sobre las llamadas “nuevas clases medias”, y un tema muy viejo del IEP que son los migrantes y sus iniciativas de producción y de comercio.

Bueno, ¿qué une todo esto? Yo he visto casos fabulosos de la economía campesina, la más exitosa, funcionando en lo que un economista llamaría un “mercado de perfecta competencia”, pero simple y sencillamente porque los campesinos tienen el bolsillo lleno de plata porque son coccaleros. Tienen su parcela de coca, y, arriba en la sierra, negocian sus productos. Entonces, tienes una economía perfecta, de competencia, con buenos precios para los productores, pero sustentada en el hecho de que estas personas no necesitan que un intermediario les dé un adelanto porque tienen plata por la coca. Es impresionante.

Guillermo Rochabrún: ¿Un mercado local?

María Isabel Remy: Sí, es local. Entonces, ese tipo de vínculos hay que mirarlos y ver qué tienen que ver con esta nueva orientación de la economía bajo el modelo neoliberal. Pero hay otros vínculos más. Yo sigo preguntándome sobre la crisis y la práctica liquidación del sistema de partidos políticos en esta nueva hegemonía neoliberal y desgraciadamente ninguno de los proyectos de este ni del año pasado se ha propuesto responderlo. ¿Qué tiene que ver? El Congreso no decide nada, ¿no es cierto? Decide el Ejecutivo. Por lo tanto, el tipo de organización congresal y el tipo de parlamentario corresponde a este periodo, pero esas correspondencias hay que construirlas todavía.

Me parece que hay muchos vínculos que trazar una vez que uno deja de mirar el país celebratoriamente y empieza a decir: “bueno, qué bacán, además del crecimiento del PBI tenemos un mar de problemas”: el crecimiento desapareció, la delincuencia, la corrupción, los parlamentarios con conductas erráticas. Los medios no hablaban de eso.

También hay temas que son más graves. En estos últimos 25 años se reconfiguran las relaciones inter-generacionales en los diferentes estratos sociales. Y, en estratos sociales de niveles bajos, las relaciones de los jóvenes con los padres son dramáticas. Son de prácticamente no tener nada en común, de personas que han vivido los últimos pedazos de un orden tradicional. Al padre se le respeta, a la madre se le habla de usted, a la tía se le trae una silla. Esto se les dice a chicos que viven en un ambiente totalmente diferente, con otros valores, con sistemas de organización y comportamiento totalmente distintos. Fenómenos que, además, tienen que ver con la violación de menores, la cantidad de menores que son hijos de un padre diferente del segundo. En fin, hay

una serie de cosas que todavía no estamos viendo en la sociedad neoliberal, la sociedad del riesgo, como la llamaba Beck (2002). Entonces, creo que en nuestro caso nos siguen faltando miradas más integradoras. Y para ese tipo de miradas sí tienes que hacer el estudio del circuito local de productores de exportación, y de los productores de hoja de coca en esa zona. Pero tienes que hacerlo con una mirada de conjunto, que es lo que nos falta hacer en el país para muchas cosas.

Guillermo Rochabrún: Pequeñas cosas y otras más amplias. Por ejemplo, cuando Marisa hablaba de estos cocaleros que siguen siendo agricultores en zonas más altas, se me venía a la mente un artículo de Enrique Mayer y César Zamalloa, que salió en el libro *Reciprocidad e intercambio en los Andes* (Alberti y Mayer 1974). El artículo hacía todo un seguimiento de la hoja de coca como medio de cambio. ¿Sigue existiendo eso? Si es que ya no, ¿en qué momento dejó de darse? ¿Qué tenemos ahora en su lugar como medio de cambio? ¿Se trata de los mismos productores? ¿Son otros productores? Ahí podemos tener, otra vez, esa mirada atrás y ver qué ha ocurrido con la hoja de coca. Como de costumbre en el mundo social, los objetos materiales pueden transformarse de manera drástica en su significado económico, social y cultural.

Ahora, esto de la crisis de los partidos, ese es uno de los fenómenos que yo creo que debemos rastrearlo desde los años ochenta, porque ya desde esos años uno tiene el fenómeno del debilitamiento del electorado cautivo. Lo que pasa es que en los ochenta, hasta Ricardo Belmont, ese electorado va pasando de un partido a otro, pero siempre dentro del radio de los partidos existentes. A partir de Belmont, el electorado se sale de circuito de partidos para pasar a los outsiders. Luego, también está el fenómeno de las dinámicas provinciales. ¿Qué tanto estas dinámicas provinciales han sido

impulsadas por el mismo proceso de regionalización? No lo sé. Es algo que me parece importante

María Isabel Remy: ¿A qué te refieres con dinámicas provinciales?

Guillermo Rochabrún: La aparición de movimientos en determinadas regiones.

María Isabel Remy: Es regional, no provincial.

Guillermo Rochabrún: Sí, disculpa. Movimientos que son autónomos respecto a Lima, y que en todo caso pueden vincularse a Lima mediante franquicias partidarias, usar el logo del partido, y punto. Pero no tienen una conexión orgánica, y menos ideológica. De hecho, los partidos, hoy en día, tampoco tienen ideología. Todo esto creo que es importante para preguntarse qué agentes activos existen hoy. Antes existía un partido que funcionaba centralizadamente, mandaba sus directivas a provincia y tenía sus personas de confianza que de forma orgánica, eran militantes. Hoy no hay nada de eso, y creo que tiene que ver con esta autonomización de las regiones, una autonomización relativa.

De otro lado, como dice Marisa, en el parlamento ya no se decide nada prácticamente. Pensemos en todas las veces en las que el parlamento ha delegado funciones extraordinarias al Ejecutivo, y eso es para liberarse de toda la lentitud y trabas que hay en los procesos parlamentarios. Ahora, esto no es un fenómeno del Perú, es un fenómeno que tiene que ver con la globalización, con una dinámica del capital que es cada vez más rápida y que tiene que saltarse, constitucionalmente, los procedimientos constitucionales. En toda Europa se expresa este tipo de fenómenos. Yo creo que la amenaza a la democracia no está en Venezuela, los ejemplos están dados por la misma Europa. Me parece que hay que

colocar eso en discusión, que hay que lanzar una mirada. No quiero decir que tengamos exactamente lo mismo que en Europa, ni mucho menos, pero es cuestión de hacerse la pregunta.

Entonces, algunos temas no están siendo suficientemente tratados, a pesar de que existan muchas piedras que ya están marcando algunos hitos. Aunque no se hizo en el IEP, el libro *La soledad de la política* de Carlos Meléndez (2012) aporta muchos elementos que van en ese sentido. —■

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alberti, Giorgio y Enrique Mayer (compiladores). (1974). *Reciprocidad e intercambio en los andes*. Lima: IEP.

Beck, Ulrich. (2002). *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Siglo XXI.

Durand, Francisco. (2008). *El Perú fracturado: Formalidad, informalidad y economía delictiva*. Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República.

González de Olarte, Efraín y Lilian Samamé. (1991). *El péndulo peruano: políticas económicas, gobernabilidad y subdesarrollo, 1963-1990*. Lima: IEP.

Meléndez, Carlos. (2012). *La soledad de la política. Transformaciones estructurales, intermediación política y conflictos sociales en el Perú (2000 – 2012)*. Lima: Mitin.

Este artículo debe citarse de la siguiente manera:

Remy, María Isabel y Guillermo Rochabrún "Agendas de investigación en el Perú de ingresos medios: Una conversación". En *Revista Argumentos*, año 10, n.º 1. Febrero 2016.

Disponible en <http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/agendas-de-investigacion-en-el-peru-de-ingresos-medios/>
ISSN 2076-7722

EL EFECTO ESTADO Y LA DESESTATIZACIÓN DE SUS FUNCIONES

Álvaro Gálvez*



Este texto es una versión preliminar de las conclusiones de un proyecto de investigación que se viene desarrollando en el marco del Programa Institucional 2014-2016 “El Perú de ingreso medio”, del Instituto de Estudios Peruanos. Algunos de los argumentos no están del todo desarrollados y es posible que se presenten importantes variaciones en la versión final la cual se encuentra aún en proceso de lectura. Los comentarios y sugerencias son bienvenidos por el autor.

¿Alguien podría estar en contra de la idea de que un Estado debería ser democrático, autónomo, racional, institucionalizado, representativo, transparente y eficiente? Sin duda, todas estas son características deseables en cualquier Estado, y por lo tanto, con mucha naturalidad orientan nuestras expectativas sobre este. Con mucha naturalidad, también, como ciudadanos evaluamos y analizamos la operación del Estado en función de estas categorías deseables.

Aunque sin duda son legítimas, estas expectativas pueden resultar problemáticas cuando se convier-

ten en parámetros analíticos sobre los cuales se conceptualiza el Estado al momento de estudiarlo. Así, si nos quedamos con este tipo de enfoques normativos corremos el riesgo de analizarlo no en sí mismo sino en función de cuánto cumple con estas características (Migdal 2011). Por ello, muchas veces los balances suelen ser redundantemente negativos y dicen muy poco respecto de las complejidades del fenómeno estudiado.

En las últimas décadas, la economía ha sido la disciplina social que ha ganado mayor atención, principalmente porque ha sido sobre la base de sus ideas que se ha instalado el sistema tecnocrático de gobierno en el Perú (Vergara 2012). Esto

* Politólogo.

ha permitido la creación de un circuito cerrado entre las teorías económicas, su aplicación en los gobiernos y su evaluación a la luz de los parámetros de esta misma disciplina, proceso que suele concluir reiteradamente en la necesidad de fortalecer las instituciones. Quizás el ejemplo más ilustrativo en ese sentido es el reciente trabajo de los actuales ministros de gobierno Piero Ghezzi y José Gallardo: *Qué se puede hacer con el Perú: Ideas para sostener el crecimiento en el largo plazo* (Lima: PUCP y UP, 2013).

En su estudio, los dos economistas encuentran que la desaceleración del crecimiento económico y su muy probable estancamiento, responden, entre otras cosas, a la debilidad de las instituciones del Estado peruano en algunos sectores que consideran “clave”, los cuales no han logrado desarrollarse a la par de la economía.[ref]Principalmente educación, salud, seguridad ciudadana y desarrollo rural.[/ref] Al mismo tiempo, el exitoso trabajo económico de los últimos tiempos es atribuido a la consolidación del Ministerio de Economía y Finanzas (MEF) y otras entidades estrechamente vinculadas al manejo de la economía. De esto concluyen que para lograr un mejor desempeño del Estado peruano es necesario replicar la fórmula del MEF en otros sectores de gobierno y, por lo tanto, ocuparlos con una mayor cantidad de técnicos, específicamente economistas.

Tanto las propuestas de estos autores como su diagnóstico resultan fallidos. En primer lugar, porque como consecuencia de sus parámetros analíticos desconocen el hecho que, desde la implementación de las reformas neoliberales en la década del noventa y en consonancia con el grado de poder que despliega el MEF sobre los demás sectores, la lógica de gobierno utilizada por la burocracia ya es predominantemente técnica y económica. Como bien ha cuestionado Grompone

(2013): “¿Acaso no ha sido la creación de burocracias técnicas la lógica de mejora institucional de las últimas dos décadas?”.

La economía ha sido la disciplina social que ha ganado mayor atención, principalmente porque ha sido sobre la base de sus ideas que se ha instalado el sistema tecnocrático de gobierno en el Perú.

La vigencia de un modelo tecnocrático de gobierno inmune a los vaivenes políticos de más de dos décadas es una muestra de que este se encuentra profundamente institucionalizado en el Estado, más no en los términos que proponen los autores. Además, cabe considerar que esto difícilmente hubiera sido posible sin el despliegue de sus técnicas hacia el resto de los sectores distintos a la economía. Así, valdría la pena preguntarse si es que no es precisamente el desarrollo de estas técnicas de gestión lo que estaría produciendo el funcionar errático del Estado en algunos sectores. Es decir, tal vez deberíamos ser más cuidadosos con propuestas que buscan reforzar modelos tecnocráticos, pues la cura podría terminar siendo peor que la enfermedad.

En segundo lugar, porque el sistema burocrático actual tiende a la concentración del poder en una sola entidad, el Ministerio de Economía y Finanzas. La arquitectura de la burocracia estatal atiene a una estética compartimentalizada, la cual es producto de la utilización de una serie de artefactos gráficos y la construcción de discursos, ambos basados en principios y preceptos económicos aplicados a “racionalizar” el funcionamiento del

Estado mediante la segmentación de sus actividades según sectores y niveles de gobierno. Sin embargo, esta estética implosiona en su operación en la medida que la centralización de los recursos financieros propicia la concentración de poder en la entidad que los maneja discrecionalmente. Esto incita la competencia entre las entidades por el acceso a ellos, y por lo tanto, genera la transgresión de su propia arquitectura y el consecuente desarrollo desigual de las entidades.

Valdría la pena preguntarse si es que no es precisamente el desarrollo de estas técnicas tecnocráticas de gestión lo que estaría produciendo el funcionar errático del Estado en algunos sectores.

En ese sentido, el esquema propuesto por los autores difícilmente logrará con éxito replicar en otras organismos el grado de desarrollo que ha alcanzado el MEF. Para esto, tendrían que darse reformas mucho más profundas orientadas a redistribuir el poder burocrático-político. Es decir, a desempoderar al MEF frente al resto del aparato burocrático estatal. Por el contrario, llenar el aparato público de más economistas, probablemente solo reforzaría la concentración del poder en esta entidad y, por lo tanto, continuaría reproduciendo el despliegue errático y desarticulado del Estado en el territorio.

Finalmente, una vez que aceptamos la existencia de un modelo tecnocrático de gobierno profundamente arraigado en el despliegue de poder del Ministerio de Economía y Finanzas, se hace necesario repensar el análisis del Estado no en función del mayor o menor grado de desarrollo de

sus instituciones bajo criterios de eficiencia económica o autonomía, sino más bien en función de cómo se despliega este poder y cuáles son los efectos que produce en su operación cotidiana. Por lo tanto, vale la pena prestar atención a los trabajos realizados desde la antropología del Estado (Ferguson y Gupta, 2002; Gupta, 2012; Sharma y Gupta, 2006; Trouillot, 2001; Das y Poole, 2004; Hull, 2012), y adoptar posturas más críticas en relación a cómo el Estado se produce en el territorio a raíz del despliegue de sus tecnologías y las actividades diarias de su burocracia.

La Nueva Gerencia Pública constituye el paradigma de gestión pública que ha acompañado la implementación de las reformas neoliberales iniciada en la década del noventa. A esta estructura, basada en la transferencia de prácticas del sector privado al sector público, subyace un sistema de conocimiento afirmado en la auditoría. Este sistema se sostiene en el uso de técnicas económicas y estadísticas para producir artefactos gráficos de gobierno (documentos, instrumentos, planes, proyectos, etc.) que buscan racionalizar la estética del aparato burocrático, lo que a su vez genera que las acciones de sus entidades sean legibles, estandarizables, comparables, y por lo tanto, auditables a través de sus procesos.

El despliegue de estas tecnologías en el territorio resulta errático, no solo porque han producido una estética compartimentalizada que propicia la acción desarticulada y descoordinada del Estado en el espacio, sino porque además muestran serias limitaciones para lograr articularse con prácticas locales de gestión. Estas prácticas resultan ilegibles (y por lo tanto se catalogan de “informales”) cuando las técnicas económicas son puestas en acción para abstraer conceptualmente realida-

des socioculturales a números e indicadores estandarizables (Scott, 1998).

La temporalidad en la que se producen los documentos materiales no atiende a los tiempos secuenciales exigidos por los procesos “formales”, sino más bien a la simultaneidad y la fusión de las etapas del proceso producidas por las necesidades locales de gestión.

Como resultado de este proceso de abstracción, el despliegue de las auditorías se limita únicamente a verificar los procedimientos que le son legibles (“formales”) y no los eventos reales provocados por las acciones cotidianas del Estado (“informales”). Por lo tanto, al final del día los procesos burocráticos formales resultan ser rituales de verificación de órdenes preestablecidos (Power, 1997) por prácticas de gestión institucionalizadas en lo local.

Sin embargo, caeríamos en un simplismo si concluyéramos, a priori, que las técnicas que dan contenido a la Nueva Gerencia Pública transitan por cuerdas separadas a las prácticas de gestión local. Por el contrario, tras la exploración etnográfica de la implementación del Sistema Nacional de Inversión Pública (SNIP) en Ayacucho, observamos que ambos se coproducen en las prácticas documentarias alrededor del despliegue del Estado.

En la plataforma digital del Banco de Proyectos del SNIP, los Proyectos de Inversión Pública (PIP) adquieren una forma inmaterial que hace posible su existencia más allá de los documentos materiales. Así, la dualidad (in)material de los PIP permite que

el despliegue del sistema administrativo produzca performances auditables en los funcionarios locales que llenan los formatos e ingresan los documentos digitales en la plataforma, según los tiempos secuenciales que hacen al proceso “formal”.

La temporalidad en la que se producen los documentos materiales no atiende a los tiempos secuenciales exigidos por los procesos “formales”, sino más bien a la simultaneidad y la fusión de las etapas del proceso producidas por las necesidades locales de gestión.

La temporalidad en la que se producen los documentos materiales no atiende a los tiempos secuenciales exigidos por los procesos “formales”, sino más bien a la simultaneidad y la fusión de las etapas del proceso producidas por las necesidades locales de gestión. Estas prácticas locales se hacen legibles para el Estado en la medida en que los documentos son ingresados a la plataforma virtual según la secuencia esperada, independientemente de su origen y de la temporalidad real de su producción.

En ese sentido, considerando que varios de los documentos materiales se crean únicamente para ser legibles en el proceso dentro de la plataforma virtual auditable desde el MEF, y no en función de su necesidad para la elaboración del proyecto de inversión pública en sí mismo, tenemos que estas prácticas documentarias constituyen una respuesta a las exigencias del sistema administrativo. De la misma manera, el Sistema Nacional de Inversión Pública continúa consolidándose tras 15 años de su creación, en buena parte porque las prácticas locales de gestión resignifican sus procesos para hacer posible su operación en el territorio.

Por lo tanto, la plataforma del Banco de Proyectos del SNIP, al producir la inmaterialidad de los

proyectos de inversión pública, aparece como el principal mediador entre un sistema de auditoría sustentado en discursos técnico – “racionales”, por un lado, y un sistema de prácticas documentarias locales por el otro. Ambos procedimientos se co-producen, pues los “sistemas estatales modernos (como por ejemplo el SNIP) son igualmente dependientes en todos lados con la articulación de prácticas locales” (Hull, 2012. pág 167). [ref]Traducción propia.[/ref]

La importancia de analizar las prácticas documentarias de los burócratas locales no se restringe a la forma cómo se produce su articulación con las técnicas mediante las cuales se despliega el poder del Estado. En el caso de Ayacucho, si profundizamos sobre estas prácticas documentarias encontramos que los límites entre lo público y lo privado se difuminan, y por lo tanto, el despliegue del Estado en el territorio produce iniciativas emprendedoras que refuerzan el desarrollo y consolidación del esquema neoliberal y la consecuente desestatización de las funciones del Estado (Ferguson y Gupta, 2002).

En sintonía con la corriente de la antropología del Estado que cuestiona la separación *a priori* que se hace entre el Estado y la Sociedad (Abrahms, 1988; Ferguson y Gupta, 2002; Gupta, 2012; Trouillot, 2001), en Ayacucho encontramos que el despliegue errático producido por la arquitectura de estética compartimentalizada es aprovechada por los “perfileros” para desarrollar sus proyectos emprendedores. Así, alrededor de la elaboración de perfiles de proyectos de inversión pública se monta una red de negociantes en la que los roles de funcionario público y consultor externo son permanentemente intercambiables, e incluso simultáneamente *performados*, desmantelando cualquier tipo de barrera entre el Estado y la Sociedad.

De esta manera, ante la precariedad de otras alternativas de desarrollo en la región, los proyectos de inversión pública se presentan casi como la única oportunidad para el desarrollo de proyectos emprendedores, con lo cual incluso es posible esbozar un esquema progresivo de carrera profesional. Ante esta realidad, los centros de estudios de la región han incorporado cursos de inversión pública en sus mallas curriculares, por lo que la aspiración de los estudiantes consiste en empezar como asistentes en la consultora de alguno de sus profesores, luego intercambiar labores entre el área de Proyectos de una municipalidad y una pequeña empresa consultora propia, y de a pocos construir una red política–empresarial lo suficientemente sólida hasta conseguir la licitación de una obra millonaria.

Cuestionando la separación a priori que se hace entre el Estado y la Sociedad, en Ayacucho encontramos que el despliegue errático producido por la arquitectura de estética compartimentalizada es aprovechada por los “perfileros” para desarrollar sus proyectos emprendedores.

La elaboración de perfiles de proyectos de inversión pública resulta instrumental para este esquema, pues las prácticas documentarias que lo posibilitan escapan de la mirada auditora del Sistema Nacional de Inversión Pública (SNIP). Por lo tanto, los perfiles se producen no únicamente para la ejecución de proyectos de inversión pública, sino también para pagar favores políticos y permitir el desarrollo de proyectos emprendedores y la consolidación de sus redes, para lo cual se elaboran

perfiles de proyectos únicamente con estos fines, ya que nunca se implementarán. Así, el destino de los perfiles tiene un diseño determinado de antemano. En el caso de los perfiles que logran convertirse en proyectos, la mayoría de veces su ejecución es más producto de la contingencia formada por las dinámicas de las redes político–empresariales armadas a través de las prácticas documentarias que permiten la operación del SNIP, antes que un resultado lógico de los procesos “planificados” de la burocracia “racional”.

En ese sentido, tomando como referencia a Hull, podemos decir que la articulación de prácticas locales de gestión y las tecnologías de despliegue del Estado no se debería tanto a un movimiento de lo concreto a lo abstracto (Hull 2012, 167). Más bien, se debería al movimiento de un ensamble de prácticas particulares (proyectos emprendedores individuales que forman redes político–emprendedoras) materializadas en documentos, hacia un ensamble de artefactos gráficos estandarizados (instrumentos de gestión, planes, proyectos, etc.) con los que se construye discursivamente la estética “racional” del Estado. En este movimiento, se hace indispensable el Sistema Nacional de Inversión Pública como el mediador donde convergen las dimensiones material y discursiva del Estado.

En este punto volvemos al ya clásico texto de Ferguson y Gupta (2002), quienes presentan dos importantes argumentos sobre la espacialización del Estado que vale la pena poner en discusión a la luz del caso peruano. Por un lado, los autores sostienen que hoy en día el despliegue de poder de los estados atiende a una gubernamentalidad neoliberal, recogiendo el concepto de Foucault (1991). Sobre la base del caso de Lesotho, los

autores sostienen que cada vez más las funciones que convencionalmente atribuimos a los Estados vienen siendo asumidas por actores ajenos este, sean Órganos de Gobernanza Internacional, Organismos no Gubernamentales o incluso la propia sociedad civil. En ese sentido, con el repliegue de las actividades del Estado se genera nuevas y mayores formas de autogobierno, las que se evidencian en mecanismos cada vez más populares como por ejemplo los presupuestos participativos.

La operación cotidiana del Estado peruano es posible, en buena medida, debido a prácticas privadas, las cuales resultan instrumentales al neoliberalismo en tanto producen proyectos de gobierno individualistas basados en principios como la competencia y el emprendimiento.

Si bien Drinot (2014) ha realizado los primeros esbozos sobre la gubernamentalidad neoliberal en el Perú, su propuesta no llega a desarrollar los aspectos relacionados a su despliegue y operación en el territorio, ya que se concentra en su forma discursiva. Así, sobre la base de lo observado en Ayacucho, podemos agregar que la operación cotidiana del Estado peruano es posible, en buena medida, debido a prácticas privadas, las cuales resultan instrumentales al neoliberalismo en tanto producen proyectos de gobierno individualistas basados en principios como la competencia y el emprendimiento. Si a esto agregamos que las prácticas privadas se funden con las operaciones cotidianas de la burocracia estatal hasta el punto de volverse indistintas, se hace muy sencillo debatir sentidos

comunes que de manera muy natural contrastan la eficiencia del sector privado con la ineficiencia del sector público. Tal es así, que este contraste artificial nos enfrenta a una doble paradoja.

La operación cotidiana del Estado peruano es posible, en buena medida, debido a prácticas privadas, las cuales resultan instrumentales al neoliberalismo en tanto producen proyectos de gobierno individualistas basados en principios como la competencia y el emprendimiento.

En primer lugar, si bien la implementación de reformas de corte neoliberal atendió a la lógica de reducir los controles del Estado restringiéndolos a la menor cantidad posible de ámbitos de la sociedad y la economía, al mismo tiempo, el repliegue de sus actividades ha sido posible precisamente por la implementación de un sistema de gestión cuyas técnicas han sido diseñadas para operar como mecanismos de control y auditoría dirigidos a sus entidades y a las personas que las operan.

En segundo lugar, resulta también paradójico que sea precisamente el repliegue de las actividades del Estado aquello que facilite el surgimiento de proyectos emprendedores que hacen posible el despliegue de sus técnicas. Es decir, las prácticas privadas que van ganando campo frente al ámbito de acción del Estado, son precisamente aquellas que hacen posible su operación y despliegue en el territorio.

De otro lado, tras una etnografía de la burocracia en la India, los autores citados concluyen que la manera que tiene el Estado de desplegarse en el espacio es vertical y abarcadora. Este argumento se fundamenta en la constatación de un significativo contraste entre la movilidad de los funcionarios del nivel de gobierno federal Indio, quienes son capaces de transgredir los niveles de gobierno hasta lo local, y la poca agencia de los funcionarios locales para acceder a niveles de gobierno

superiores y, por lo tanto, más abarcadores en términos territoriales.

Quienes encarnan estas transgresiones no son necesariamente funcionarios públicos, sino consultores, ciudadanos o empresarios externos a la municipalidad, o incluso agentes que personifican simultáneamente varios de estos roles.

Si bien coincidimos con la existencia de una dimensión vertical del Estado, en el caso peruano encontramos que la transgresión de los niveles de gobierno no es unidireccional, en la medida que no es exclusiva de los funcionarios de nivel nacional, ni siquiera de los funcionarios públicos. Por el contrario, en los proyectos de inversión pública la transgresión de las estructuras del aparato burocrático puede darse también desde lo local hacia lo nacional, sin transitar necesariamente por los ámbitos provincial y regional que estéticamente median estos dos niveles de gobierno. Más importante aún, quienes encarnan estas transgresiones no son necesariamente funcionarios públicos, sino consultores, ciudadanos o empresarios externos a la municipalidad, o incluso agentes que personifican simultáneamente varios de estos roles.

Al mismo tiempo, precisamente la imbricación de las prácticas públicas y privadas en el despliegue del Estado nos permite cuestionar la idea de este como abarcador (encompassment). Si el Estado fuera abarcador en su despliegue en el territorio, esto implicaría que envuelve lo que se encuentra en su interior y, por lo tanto, que existe un adentro y un afuera definidos y delimitados por el

conjunto de prácticas, discursos y representaciones que producen el Estado.

Por el contrario, la permanente permuta entre los roles de funcionario público y emprendedor que realizan los “perfileros”, dan cuenta de las dinámicas inconstantes mediante las que se produce el Estado. En ese sentido, siguiendo a Mitchell (1999), resulta más apropiado pensar en el Estado como los efectos producidos por estas prácticas, donde los límites entre lo estatal y lo no estatal se redefinen permanentemente. Es en la producción de estos efectos que el Estado se hace verticalmente, tanto partiendo desde lo nacional hacia lo local como en el sentido inverso. —■

REFERENCIAS

- Das, Veena y Deborah Poole. (2004). State and its Margins: Comparative ethnographies. In V. Das, & D. Poole, *Anthropology in the Margins of the State* (pp. 3-35). Santa Fe, New Mexico: School of American Research Press.
- Dargent, Eduardo. (2015). *Technocracy and Democracy in Latin America: Experts Running the Government*. Cambridge
- Drinot, Paulo. (2014). *Foucault in the Land of the Incas: Sovereignty and Governmentality in Neoliberal Peru*. En: P. Drinot, *Peru in Theory*. New York, U.S.A.: PALGRAVE MACMILLAN
- Ferguson, James y Akhil Gupta. (2002). Spatializing States: Toward an ethnography of neoliberal governmentality. *American Anthropologist*, 981-1002. Volume 21 Number 4.
- Foucault, Michel. (1991). Governmentality. In G. Burchell, C. Gordon, & P. Miller, *The Foucault Effect: Studies in Governmentality* (pp. 87-104). Chicago: The University of Chicago Press.
- Ghezzi, Piero y José Gallardo. (2013). *Qué se puede hacer con el Perú. Ideas para sostener el crecimiento económico en el largo plazo*. Lima: Universidad del Pacífico y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Grompone, Alvaro. (2013) “Entre la estabilidad y la intrascendencia: las políticas económicas de la primera mitad del gobierno de Ollanta Humala”. En *Revista Argumentos*, Edición N° 5, Año 7, Noviembre.
- Hull, Matthew S. (2012). *Government of Paper: The Matriality of Bureaucracy in Urban Pakistan*. University of California Press
- Migdal, Joel S. (2011). *Estados débiles, Estados fuertes*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Mitchell, Timothy. (1999). Society, Economy and the State Effect. En Sharma, A. & Gupta, A. (eds) (2006). *The Anthropology of the State: A reader*. Blackwell Publishing.
- Poole, Deborah. (2004). Between Threat and Guarantee: Justice and Community in the Margins of the Peruvian State. In V. Das, & D. Poole, *Anthropology in the Margins of the State* (pp. 35-66). Santa Fe: School of American Research Press.
- Power, Michael. (2000). The Audit Society - Second Thoughts. *International Journal of Auditing*, 111-119. Volume 4.
- Scott, James C. (1998). *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition have Failed*. New Haven: Yale University Press.
- Sharma, Aradhana y Akhil Gupta. (eds) (2006). *The Anthropology of the State: A reader*. Blackwell Publishing.
- Trouillot, Michel-Rolph. (2001). The Anthropology of the State in the Age of Globalization: Close Encounters of the Deceptive Kind. En *Current Anthropology*, Vol. 42, No. 1 (febrero 2001), pp. 125-138
- Vergara, Alberto. (2012). Alternancia sin alternativa: ¿Un año de Humala o veinte años de un sistema? En: *Revista Argumentos*, Edición N° 3, Julio.

Este artículo debe citarse de la siguiente manera:

Gálvez, Álvaro. “El efecto Estado y la desestataización de sus funciones”. En *Revista Argumentos*, año 10, n.º 1. Febrero 2016.

Disponible en <http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/el-efecto-estado-y-la-desestataizacion-de-sus-funciones/> ISSN 2076-7722

CONSIDERACIONES SOBRE LA “NUEVA CLASE MEDIA” PERUANA

Ludwig Huber y Leonor Lamas*



Una década de crecimiento económico ha cambiado el rostro del Perú. Basta con ver el *boom* inmobiliario o la expansión de los templos de consumo en Lima y en las ciudades del interior, para darse cuenta que nuevos sectores sociales han adquirido un poder adquisitivo antes desconocido. El país se inscribe así en un proceso que algunos autores han identificado como tendencia mundial y que habría forjado una “nueva clase media global” con características específicas, entre las cuales destacarían hábitos de consumo similares y un conjunto de valores que tendrían un impacto positivo sobre la estabilidad política y la democracia.³ El único indicador que sustenta las

afirmaciones sobre la expansión de esta “clase” es el ingreso monetario. En el caso peruano, el tradicional triángulo de la estructura social se habría convertido, de esta manera, en un *rombo*, emblema de mayor igualdad y justicia social (Arellano 2010).

Nuestro trabajo, en el marco del Programa Institucional del Instituto de Estudios Peruano (IEP) se ha centrado en la formación de esta “nueva clase media” peruana, y partimos de la idea que la masificación de la educación superior y la migración fueron preponderantes al respecto. Como herramienta analítica hemos aplicado el concepto del *cierre social* que se remonta a la distinción de Max Weber entre relaciones sociales abiertas y cerradas. Después de varias décadas en el olvido, el concepto fue redescubierto en los años setenta por un grupo de sociólogos británicos comprometido con el estudio de la estratificación y movilidad social,

* Antropólogo. Investigador del IEP.

** Antropóloga. Asistente de investigación del IEP.

1 La visión sobre el rol estabilizador de los sectores medios en la vida política no es nada nueva; se remonta hasta Aristóteles, fue consagrada por la teoría de la modernización hacia mediados del siglo XX y resucitó en el discurso de la “nueva clase media global”.

pero no convencidos de los postulados marxistas y foucauldianos que dominaban los discursos sociológicos de la época. El teórico más importante de este grupo fue Frank Parkin (1979).

El país se inscribe en un proceso que algunos autores han identificado como tendencia mundial y que habría forjado una “nueva clase media global” con características específicas, entre las cuales destacarían hábitos de consumo similares y un conjunto de valores que tendrían un impacto positivo sobre la estabilidad política y la democracia.

Hemos aplicado el concepto del cierre social en dos casos que representan tipos diferentes: la educación superior y la formación de empresas entre migrantes en Lima. En el primer punto sobresale un mecanismo que en sociología se conoce como *credencialismo* (Collins 1989). El diploma (la “credencial”) es un primer filtro para conseguir un puesto de trabajo remunerado, pues acredita quiénes pueden considerarse “profesionales” y quiénes quedan fuera de la competencia. Ello va de la mano con la proliferación de universidades privadas con fines de lucro, las cuales, en su mayoría, brindan una deficiente calidad académica, pero tienen el derecho de otorgar diplomas de educación superior. Una vez obtenido el título, en el mercado laboral se hacen efectivas otras formas de cierre, entre las cuales destacan el estatus de la universidad que lo otorgó, del cual a su vez se deduce el capital cultural de los absolventes que obtiene un rol importante al momento de la postulación.

De esta manera, se instituyen jerarquías y barreras entre profesionales de la misma carrera.

En el segundo caso, los migrantes, convertidos en “otros empresarios” (Adams y Valdivia 1991), recurren a sus redes sociales –principalmente de paisanaje– como mecanismo de cierre. Así se ha generado conglomerados de negocios pequeños o medianos –entre los cuales destacan los mercados de los Unicachi en varias partes de Lima o las galerías de los ollarayenses en Gamarra– lo suficientemente sólidos como para ubicar a sus dueños en la “nueva clase media”. También al interior de estos sectores existe estratificación social.

La “nueva clase media” del Perú presenta así un panorama sumamente diverso, algo que en la literatura sociológica se ha observado como característica de las clases medias en general. Lo único que permite articular conceptualmente a estos sectores es el hecho que su nivel de ingresos ha aumentado durante los últimos diez o veinte años. Recurriendo a un veredicto de Marx en su *18 Brumario*, en la medida que estos sectores viven en condiciones económicas similares, constituyen una clase. Sin embargo, como el mismo Marx advirtió, un salario equivalente no los convierte en un actor colectivo; en este sentido no constituyen una clase. Considerar solo el ingreso, reduce el término de la clase social a una categoría netamente descriptiva y no permite hacer predicciones sobre su postura sociopolítica. Estudios históricos demostraron que las afirmaciones sobre una supuesta vocación democrática de las clases medias y su impacto positivo sobre la estabilidad política son empíricamente insostenibles.

Más allá de cuestiones epistemológicas en torno a la clase social, es innegable que la masificación de la educación ha permitido que sectores antes excluidos tengan mayores ingresos y que muchos

de los migrantes hayan progresado con un ingenio empresarial impresionante. Sin embargo, la pregunta que nos hacemos es en qué medida este proceso efectivamente ha cambiado la fisonomía de la estructura social del Perú. Tenemos nuestras dudas.

Estudios históricos demostraron que las afirmaciones sobre una supuesta vocación democrática de las clases medias y su impacto positivo sobre la estabilidad política son empíricamente insostenibles.

El caso de los profesionales en administración que hemos estudiado, donde existe una marcada jerarquía social intra-profesional, demuestra cómo las desigualdades se mantienen y reproducen, de modo que la movilidad social impulsada por la educación superior tiene límites bastante estrechos. El nivel de ascenso que permiten los títulos de las universidades-empresas se frena rápidamente ante los diferentes mecanismos del cierre social como recursos económicos, jerarquización de las universidades y capital cultural. Los integrantes de la “nueva clase media” provenientes de estas universidades se caracterizan por un alto nivel de vulnerabilidad y su acceso al mercado laboral se limita a puestos de menor jerarquía o al autoempleo.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que no todos los migrantes se han convertido en empresarios exitosos. Aquellos que lo lograron se distinguen –al menos hasta el momento– además por una dinámica propia de las llamadas “economías étnicas” (y de lo que en su momento se llamó el “sector informal”): los recién llegados consideran

el trabajo para algún familiar o coétnico como una manera de inversión para aprender las reglas del negocio, y apenas se sienten preparados se independizan y abren su propio taller, originándose de esta manera una cadena empresarial. Eso le puede dar cierta solidez a su establecimiento como clase media, pero también pone límites al crecimiento de las empresas. Una restricción, si se quiere, autoimpuesta que mantiene los “otros empresarios” alejados de los centros del poder y en este sentido también reproduce desigualdades.

El sociólogo Ulrich Beck (1998) llamó “efecto ascensor” a los resultados de una coyuntura de bonanza, donde la calidad de vida de todos sube un nivel, también de los menos privilegiados; sin embargo, eso no significa que se reduzca la distancia entre ricos y pobres, es decir la desigualdad. Interpretando los hallazgos de nuestro estudio en estos términos, nos preguntamos si la figura adecuada para retratar la estructura social del Perú contemporáneo no sería más bien una pirámide subida al segundo piso, y no tanto un “rombo”.

Zygmunt Bauman (2011) ha denunciado el “error” de evaluar la estabilidad de una sociedad en términos promedios (índices de ingresos, niveles de vida, etc.) y pone el ejemplo del fusible para demostrar cómo los sistemas –en este caso el circuito eléctrico, pero según el autor lo mismo aplica para conjuntos sociales– suelen romperse en la parte más débil. Como lo han demostrado muchos estudios, la desigualdad –un concepto relacional– contiene mucha más dinamita social que el concepto absoluto de la pobreza.² He aquí el reto para una teoría social que se propone ofrecer salidas en vez de limitarse a descripciones: “si el análisis de clase tiene todavía un rol por cumplir

² Basta con recordar la noción de la “economía moral” del historiador E. P. Thompson y su aplicación en estudios sobre movimientos campesinos de James C. Scott.

es aquel de seguir enfatizando la bruta realidad de la desigualdad social” (Savage 2000). Es precisamente este aspecto que se encubre con el discurso del “rombo”.

En esta retórica emprendedora, las barreras estructurales son minimizadas en su importancia y su superación depende en gran medida del desarrollo de “habilidades blandas”, como el emprendedurismo y el liderazgo.

A nivel subjetivo, en nuestro estudio hemos encontrado un alto índice de autorregulación que Foucault denomina “gubernamentalidad neoliberal”: virtudes del individualismo competitivo y de la responsabilidad propia entre los administradores, expresado en un vocabulario con ética de empresa: competencia, audacia y el impulso para triunfar. Cuando las cosas no les salen bien, no cuestionan el sistema, sino se responsabilizan a sí mismos y entran en el juego de la “fiebre de los diplomas” (Dore 1976). También el “liberalismo altiplánico” (Golte y León 2015) de los migrantes apuesta por el esfuerzo y la voluntad propia. En general, predomina una visión meritocrática de las oportunidades, según la cual las mejoras cosas estarán reservadas para aquel que más se esfuerce.

En esta retórica emprendedora, las barreras estructurales son minimizadas en su importancia y su superación depende en gran medida del desarrollo de “habilidades blandas”, como el emprendedurismo y el liderazgo.

En ninguno de los dos sectores hay presencia notable de posiciones contestatarias al sistema dominante; ambos son “liberales” por voluntad

propia. Si la “nueva clase media” efectivamente es garante de la estabilidad política tan celebrada por sus apologetas, es por despolitización, no por la predilección democrática –funcional o innata– de estos sectores.

REFERENCIAS

- Arellano, Rolando. (2010). *Al medio hay sitio. El crecimiento social según Estilos de Vida*. Lima: Planeta, Arellano Marketing.
- Parkin, Frank. (1974). *The Social Analysis of Class Structure*. Londres: Tavistock.
- Parkin, Frank. (1979). *Marxism and Class Theory. A Bourgeois Critique*. Nueva York: Columbia University Press, 1979.
- Collins, Randall. (1989). *La sociedad credencialista. Sociología histórica de la educación y la estratificación*. Madrid: AKAL.
- Adams, Norma y Néstor Valdivia. (1971). *Los otros empresarios. Ética de migrantes y formación de empresas en Lima*. Lima: IEP.
- Bauman, Zygmunt. (2011). *Collateral Damage. Social Inequalities in a Global Age*. Cambridge: Polity Press.
- Savage, Mike. (2000). *Class Analysis and Social Transformation*. Buckingham: Open University Press, 2000.
- Dore, Ronald. (1976). *The Diploma Disease. Education, Qualification and Development*. Berkeley: University of California Press.
- Golte, Jürgen y Doris León. (2015). *Alasitas. Discursos, prácticas y símbolos de un ‘liberalismo aymara altiplánico’ entre la población de origen migrante en Lima*. Lima: IEP, Universidad Nacional de Juliaca, CBC.

Este artículo debe citarse de la siguiente manera:

Huber, Ludwig y Leonor Lamas “Consideraciones sobre la ‘nueva clase media’ peruana”. En *Revista Argumentos*, año 10, n.º 1. Febrero 2016.

Disponible en <http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/consideraciones-sobre-la-nueva-clase-media-peruana/> ISSN 2076-7722

LA DÉCADA DE LOS AFRODESCENDIENTES Y EL DESAPROVECHAMIENTO DE OPORTUNIDADES

Alicia Quevedo*



LAS DENOMINACIONES

Todos hemos leído o escuchado sobre las denominaciones que los distintos gobiernos del Perú asignan a cada nuevo año. Aparecen en los encabezados de los documentos oficiales, los leemos en los periódicos o los escuchamos en la radio. 1996: año de los seiscientos mil turistas. 2007: año del deber ciudadano. 2015: año de la diversificación productiva y el fortalecimiento de la educación. Estos son algunos ejemplos de un recurso que, desde 1963, es utilizado para incentivar la concentración de esfuerzos en uno o varios asuntos sociales de interés general.

Diversos Estados y organismos también lo emplean. Uno de ellos, la Organización de Naciones Unidas, además de “bautizar” años también declara décadas de trabajo. De esta manera, establece un periodo considerable de tiempo dentro del cual realiza un programa de actividades que atiende un área vital para garantizar el desarrollo de la humanidad o de una población vulnerable. En el año 2014 culminó la segunda década de las personas indígenas del mundo (2005-2014) y en el 2015 comenzó la década de las personas afrodescendientes (2015-2024).

¿Por qué desde la ONU se considera que los afrodescendientes merecen toda una década de trabajo? Entre los siglos XVI y XIX se esclavizó e instituyó el

* Politóloga. Asistente de investigación del IEP.

comercio trasatlántico de personas que provenían de un mismo continente, compartían rasgos fenotípicos y, en algunas ocasiones, también mantenían vínculos culturales. Estas personas formaron poblaciones que a lo largo de la historia se han mantenido oprimidas por la creencia de que existen razas que son superiores y otras inferiores. En la actualidad, conocemos con el nombre de afrodescendientes a dichas poblaciones. Así llamamos también a los migrantes que por efectos del proceso de descolonización en África se desplazan hacia otros continentes donde también viven en condiciones desfavorables.

Esta situación no es diferente con los afrodescendientes en el Perú. Evidencias de ello suceden a diario: desde insultos racistas en canchas de fútbol, reproducción de estereotipos en medios de comunicación con personajes como el “Negro Mama”, o segregación en el mercado laboral al publicar anuncios de trabajo que tienen como requisito tener “tez clara”. De esa manera, la desigualdad y discriminación racial se retroalimentan constantemente.

La década internacional de afrodescendientes aparece en un momento en que, precisamente, existe voluntad por sistematizar esas experiencias y brindar información cuantitativa respecto a las condiciones de vida de la población afroperuana. Diversas investigaciones han logrado contribuir con datos que reafirman que son un grupo en situación de desigualdad. Uno de estos es el Estudio Especializado sobre Población Afroperuana (EEPA), publicado en julio del 2015 por el Ministerio de Cultura, que presenta evidencia acerca del círculo vicioso pobreza-discriminación: 35% vive en pobreza y 4% en pobreza extrema, situación que es difícil de superar en una sociedad donde el 43.3% de afrodescendientes ha sido víctima de discriminación (Benavides et al. 2015).

En el EEPA se confirma un fenómeno interesante sobre los afroperuanos que ya había sido anunciado anteriormente en la investigación de Díaz y Madalengoitia (2012: 33): el “fuerte crecimiento económico del Perú en la última década, de acuerdo con los datos disponibles, no benefició particularmente a la población afroperuana, pero favoreció en cambio a los mestizos y los indígenas”, información que llama a la reflexión si consideramos que históricamente los afroperuanos se concentran en la costa en regiones con menores índices de pobreza y con más acceso a servicios.

La década internacional de afrodescendientes aparece en un momento en que existe voluntad por sistematizar esas experiencias y brindar información cuantitativa respecto a las condiciones de vida de la población afroperuana.

Es evidente que las posibilidades de movilidad social de los afroperuanos son limitadas. Esta situación se expone en el libro *No pero sí. Discriminación en empresas de Lima Metropolitana* donde, a partir de entrevistas a gerentes y trabajadores de empresas en Lima, se muestra que los afroperuanos no tienen las mismas oportunidades reales de ascenso, consideración o ingreso a puestos de trabajo en comparación con una persona “blanca” o mestiza. En palabras de una ejecutiva comercial senior: “(...) puede ser un negrito con todos los diplomas del mundo y tienes a uno de tez clara sin diplomas, quien va a servir más a la empresa es el negrito con diplomas. Pero si estas dos personas están en igualdad de condiciones, lamentablemente se irían por el lado blanco” (Kogan, Fuchs y Lay, 2013:35).

Este hecho ha sido sustentado cuantitativamente en el estudio *Empleo y discriminación racial: afrodescendientes en el Lima* donde se expresa que “se encontró evidencia de una menor preferencia para contactar y contratar a profesionales afrodescendientes, a pesar de ostentar un nivel de capital humano similar al de sus contrapartes de origen blanco. En estos empleos, los afroperuanos reciben 38% menos llamadas que los peruanos de origen blanco, a pesar de poseer ambos similares niveles de capital humano” (Yamada, Galarza y Zelada 2015).

LAS OPORTUNIDADES

Todo lo anterior demuestra por qué la ONU realizó la declaración del Decenio de los afrodescendientes, ya que de esa forma presenta a los Estados la oportunidad de emprender medidas y políticas públicas con apoyo de la comunidad internacional. Sin embargo, el Estado peruano ha hecho poco hasta ahora. Luego de la resolución de la ONU, en diciembre del 2013, se realizó una serie de declaraciones de buenas intenciones y el lanzamiento oficial tardío de la Década, el 30 de noviembre del 2015, con una demora de once meses. Ya culminó el primer año, quedan nueve.

La pregunta general que surge en este contexto es, ¿cómo podemos aprovechar la Década internacional de los afrodescendientes durante los años que quedan? Lo primero que hay que decir es que necesitamos realizar acciones concretas que trasciendan las buenas intenciones y que tengan algún impacto en la población afrodescendiente. Un camino posible, entonces, es desagregar la pregunta en tres interrogantes como punto de partida.

¿QUÉ ES LO QUE QUEREMOS LOGRAR PARA LA POBLACIÓN AFRODESCENDIENTE?

La vida en democracia exige que todos sus miembros tengan el mismo acceso a oportunidades sin

ser discriminados. Claramente esto no ocurre en el caso de los afrodescendientes en el Perú. Por esto, es importante implementar medidas que aseguren justicia social para ellos. Pero no se trata de hacerlo de forma declarativa, sino de conseguir logros en el terreno político.

En el Perú, quienes han tenido un papel activo en esta representación han sido las organizaciones sociales vinculadas a afrodescendientes. No obstante, cuentan con pocos recursos económicos, están desarticuladas y en gran medida alejadas de sus representados, lo que pone trabas a su capacidad de agencia.

Nancy Fraser (2009) explica que esta justicia social se puede lograr si es que se implementan medidas de reconocimiento de identidades y redistribución de recursos a partir del ejercicio de representación política. Si contextualizamos sus aportes al caso afroperuano, uno de los objetivos sería fortalecer la representación política de los afroperuanos. En el Perú, quienes han tenido un papel activo en esta representación han sido las organizaciones sociales vinculadas a afrodescendientes. No obstante, cuentan con pocos recursos económicos, están desarticuladas y en gran medida alejadas de sus representados, lo que pone trabas a su capacidad de agencia.

El otro actor crucial es el Estado, ya que puede contribuir a implementar medidas afirmativas para fortalecer a los afrodescendientes. Sin embargo, con el próximo cambio de gobierno, el panorama es un tanto incierto. Más aún si se considera que los

perfiles de los candidatos no parecen ser favorables a la inclusión de temas étnicos en su agenda. La Década ofrece un conjunto de oportunidades y cierto margen de acción que puede ayudar a que no se diluyan los diversos instrumentos de política desarrollados en los últimos años. Tales instrumentos se vinculan con la siguiente pregunta.

¿CON QUÉ PODEMOS LOGRAR LO QUE QUEREMOS?

Diversas normas y políticas amparan acciones en favor de los afrodescendientes desde la constitución hasta leyes y ordenanzas municipales anti-discriminatorias. Además, recientemente, se ha creado dos instrumentos especializados para la instauración de políticas que pueden ser de gran utilidad para obtener logros concretos: *Las Orientaciones para la implementación de políticas públicas para la población afroperuana* (2014) y la *Política Nacional Política Nacional para la Transversalización del Enfoque Intercultural* (2015).

En el primer documento se proponen siete ejes de trabajo, dentro de los cuales se incluyen actividades acotadas que se pueden implementar a través de proyectos y programas concretos. Por su parte, la política de transversalización del enfoque Intercultural se presenta como una herramienta para que las intervenciones en el tema afrodescendiente no se circunscriban solo al Ministerio de Cultura, donde actualmente tienen el principal espacio, sino que se aborden desde múltiples campos.

Otro recurso con que contamos son los espacios abiertos para los afrodescendientes como el que brinda el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH) de las Naciones Unidas. Dentro de este hay diversos mecanismos que ayudan a ejercer presión sobre los Estados. A continuación, se mencionarán aquellos que pueden ser más relevantes para el caso afroperuano.

- Consejo de Derechos Humanos: es la principal instancia intergubernamental que vela por el cumplimiento de los Derechos Humanos, bajo este consejo hay varios mecanismos.
 - o Examen periódico universal: es un procedimiento bajo el cual los Estados deben informarse unos a otros sobre la situación de los derechos humanos en su territorio. En este proceso puede intervenir la sociedad civil remitiendo información, además de participar en las sesiones.
 - o Grupo de trabajo sobre personas afrodescendientes: este mecanismo, parte de los procedimientos especiales, es el encargado de investigar y establecer recomendaciones sobre la situación de los afrodescendientes en el mundo. Se pueden presentar casos al grupo para que sean analizados, a partir de los cuales se ejerce presión sobre los Estados.
- Comité para la eliminación de la discriminación racial (CERD): Monitorea la implementación del Convenio Internacional sobre todas las formas de discriminación racial, firmado por el Perú el año 1966. Los Estados suscritos deben presentar informes periódicos que se analizan en conjunto con los que la sociedad civil envía, para que finalmente el CERD presente un conjunto de observaciones que un Estado en particular debe considerar e implementar. En el último informe para el Perú, presentado el 2014, se resalta la discriminación estructural que aqueja a la población afroperuana.

El CERD permite realizar denuncias de forma individual o colectiva, siempre y cuando se haya agotado todas las instancias dentro de un Estado.

Estos son algunos de los mecanismos que ofrece la ONU y que pueden ser de utilidad para que las organizaciones aboguen por mejorar la situación de los afrodescendientes en el Perú. Sin embargo,

desde el CERD, el Examen Periódico Universal y otros espacios se ha advertido que los afroperuanos y las organizaciones que los representan no conocen muy bien tales mecanismos. Sin ese conocimiento, difícilmente se podrán aprovechar esos espacios.

¿CÓMO PODEMOS OBTENER LOGROS PARA LA POBLACIÓN AFROPERUANA?


A pesar de que las diversas políticas han esbozado los marcos de acción dentro de los cuales se pueden operar, el éxito de su implementación dependerá, como ya hemos mencionado, de cómo se logre traducir los diversos lineamientos en acciones concretas. Para ello, se requiere de la capacidad de ejecución desde el Estado y, sobre todo, de presión por parte de la sociedad civil.

A pesar de que las diversas políticas han esbozado los marcos de acción dentro de los cuales se pueden operar, el éxito de su implementación dependerá de cómo se logre traducir los diversos lineamientos en acciones concretas.

En primer lugar, es fundamental que las organizaciones y la población en general conozcan los diversos mecanismos con los que cuentan para que puedan promover sus demandas. Un programa de capacitación y de difusión al respecto se presenta como una alternativa interesante. Si bien, para realizar ese tipo de proyectos se necesitan recursos, la Década es un gran sustento para cualquier iniciativa. A esta declaración se le debe sumar el trabajo desde espacios que congreguen a diversas

organizaciones como la Coordinadora Nacional del Pueblo Afroperuano (CONAFRO), espacio abierto desde la Comunidad Andina para el tema afrodescendiente y que con el tiempo se fue debilitando.

En pro de la sostenibilidad e implementación de acciones concretas, las organizaciones afroperuanas y el Estado podrían establecer alianzas para obtener resultados. Estas alianzas han sido inestables a lo largo del tiempo y muchas veces se han convertido en relaciones clientelares para obtener beneficios políticos. Para fortalecer la institucionalidad entre el Estado y los afroperuanos, se requiere de instancias internacionales y espacios académicos que puedan ejercer las veces de garantes.

Las denominaciones de década y años suelen quedarse en simples frases declarativas que acompañan los encabezados de los documentos oficiales o que oímos en algún programa radial de noticias. Para que esto no suceda, hay que aprovechar el contexto propicio, lograr acciones concretas y fortalecer la participación política de los afrodescendientes con el conocimiento de los mecanismos que tienen disponibles para su accionar. Mientras eso no se haga, difícilmente se podrá abogar por ellos en circunstancias favorables, menos aún cuando los tiempos cambien. 

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Fraser, Nancy (2009) "La justicia como redistribución, reconocimiento y representación". En Ramón Máiz (coord.). *Teorías políticas contemporáneas*. Valencia: Tirant lo Blanc, pp. 335-364.
- Galarza, Francisco B.; Gustavo Yamada, Carlos J. Zelada (2015) *Empleo y discriminación racial: afrodescendientes en Lima*, Perú. Lima: Universidad del Pacífico

Kogan, Liuba; Fuchs, Rosa María y Lay, Patricia (2013) *No... pero sí: discriminación en empresas de Lima Metropolitana*. Lima: Universidad del Pacífico.

Madalengoitia, Óscar y Ramón Díaz (2012) *Análisis de la situación socioeconómica de la población afroperuana y de la población afrocostarricense, y su comparación con la situación de las poblaciones afrocolombiana y afroecuatoriana*. Panamá: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.

Martin Benavides, Juan León, Lucía Espezúa y Alejandro Wangeman (2015) *Estudio Especializado sobre Población Afroperuana*. Lima: Ministerio de Cultura-GRADE

Ministerio de Cultura (2014) *Orientaciones para la implementación de políticas públicas para la población afroperuana*. Lima: Ministerio de Cultura

Ministerio de Cultura (2015) *Política Nacional Política Nacional para la Transversalización del Enfoque Intercultural*. Lima: Ministerio de Cultura

Este artículo debe citarse de la siguiente manera:

Quevedo, Alicia "La Década de los Afrodescendientes y el desaprovechamiento de oportunidades". En *Revista Argumentos*, año 10, n.º 1. Febrero 2016. Disponible en <http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/la-decada-de-los-afrodescendientes-y-el-desaprovechamiento-de-oportunidades/> ISSN 2076-7722

MATOS MAR, DESAFIANDO INSTITUCIONES

Ricardo Cuenca*



En 1964, José Matos Mar (1921 – 2015) reunió a un grupo de intelectuales preocupados por comprender al Perú y creó el IEP, una institución única en su época dedicada a la investigación social fuera de los claustros universitarios. Matos desafió de esta manera a la universidad peruana. Y es que comprender el país requería más que clases, lecturas y burocracia universitaria. Se requería libertad, trabajo de campo, pero sobre todo, interdisciplinariedad.

El IEP, de los estudios de Taquile y Huayopampa, contribuyó a comprender el encuentro entre el “Perú moderno” y las comunidades indígenas, y también, el posterior “desborde popular”. Matos desafió, esta vez, a la intelectualidad de la

época celebrando esa rebeldía del mundo andino contra la poderosa sociedad criolla; pero también, desafío a la antropología que ayudó a fundar en el Perú. La antropología urbana se instaló entre las preocupaciones de las ciencias sociales peruanas.

En los ochenta, Matos vuelve a desafiar a las instituciones. Se aleja del IEP y concentra sus trabajos en el Instituto Indigenista en México. Años después regresa al Perú y consolida su actitud desafiante, esta vez, al Perú oficial. Poco antes de su muerte expresó que no esperaba nada del Perú oficial. Su vida pública como interlocutor político desafió también a la academia, más acostumbrada a discutir sobre política en espacios privados.

* Psicólogo social. Investigador del IEP.

En 2015 llegó a su fin esta historia vital. Matos dejó entre todos los investigadores sociales más preguntas que respuestas. Continuar leyéndolo no solo es irrenunciable, si pretendemos comprender el Perú de ahora, sino que es fundamental también para seguir discutiendo. Los debates alrededor de su obra no se agotan; por el contrario, se reavivan.

En este número de nuestra revista Argumentos, primer número publicado después de la muerte de José Matos Mar, recogemos algunas líneas escritas sobre y para Matos. Tanaka, Contreras, Neira y Deustua lo recuerdan y recuerdan su obra.

51 años después, el retrato de José Matos Mar acompaña a los de Sebastián y Augusto Salazar Bondy, José María Arguedas, Luis Valcárcel, Jorge Bravo Bresani, Alberto Escobar y John Murra en el recibidor de la vieja casa IEP. Desde ahí, Matos sigue desafiándonos a todos. —

Este artículo debe citarse de la siguiente manera:

Cuenca, Ricardo "Matos Mar, desafiando instituciones". En *Revista Argumentos*, año 10, n.º 1. Febrero 2016. Disponible en <http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/matos-mar-desafiando-instituciones/> ISSN 2076-7722

LA UTOPIA DE MATOS

Carlos Contreras*



Artículo publicado en Caretas, 13 de agosto de 2015

Matos Mar buscaba la utopía de un Perú moderno que no renunciase a sus raíces culturales andinas. En el ambiente del IEP de los iniciales años ochenta, uno escuchaba por doquier la frase de las “comunidades de punta”. Estas eran comunidades indígenas que habían sido capaces de conciliar la adopción de tecnologías y formas empresariales modernas, al lado de su organización social colectiva y su universo cultural. Taquile, Huayopampa y Muquiyauyo se convirtieron para quienes trabajábamos en el IEP en los atisbos de lo que debía ser el nuevo Perú. Los comuneros de estos pueblos compraron camiones, emigraron a las ciudades y aprendieron el negocio de la comercialización de alimentos en los grandes mercados de Lima o Huancayo. Fundaron barrios en las

urbes y reprodujeron su cultura en el nuevo mundo urbano que conquistaron. Matos Mar veía los cambios que transformaron el rostro del Perú entre los años cuarenta y ochenta con optimismo. En su libro *Desborde popular y crisis del Estado* (1984), celebraba el desborde, que implicaba la rebeldía del Perú profundo a encuadrarse dentro de los rígidos cánones dispuestos por la oligarquía criolla que había gobernado el Perú desde la independencia.

José Matos Mar nació en el año del centenario de la independencia, en Coracora, la capital de una provincia del sur de Ayacucho que debe figurar entre las más aisladas y pobres del país. Los recursos familiares, su tenacidad y su talento le permitieron abrirse paso en el cerrado mundo limeño de las humanidades de mediados del siglo. Matos

* Historiador. Investigador del IEP.

identificó pronto dónde estaba su “ventaja” y desde dónde podía erigir su “nicho” en el mercado intelectual. Se hizo antropólogo especialista en temas andinos, en una época en que la antropología padecía la crisis de comportarse como una disciplina en que sabios blancos y europeos descubrían las culturas “exóticas” del mundo. La descolonización que siguió a la Segunda Guerra Mundial permitió que los antropólogos pudieran provenir cada vez más de las propias culturas subalternas.

Después de estudiar en la Facultad de Etnología en la Universidad de San Marcos, al lado de Luis Eduardo Valcárcel, Matos Mar se convirtió en un eficaz intermediario entre la antropología del primer mundo y los nuevos científicos sociales peruanos. Dirigió el proyecto de estudio sobre las comunidades indígenas de Huarochirí que permitió dar con continuidades en la cultura de una región que el extirpador de idolatrías Francisco de Ávila había retratado en sus aspectos más íntimos hacia finales del siglo XVI. También organizó los estudios sobre cambios en los pueblos campesinos del valle de Chancay. En estas investigaciones se formaron intelectuales como Julio Cotler, Heraclio Bonilla, Carlos Iván Degregori, Jürgen Golte y Fernando Fuenzalida, entre otras celebridades de nuestras letras. En 1964 fundó junto con los hermanos Augusto y Sebastián Salazar Bondy, Jorge

Bravo Bresani, José María Arguedas, John Murra y María Rostworowski, el Instituto de Estudios Peruanos (IEP), el pionero de los centros de estudios sociales del país.

Profesor, antropólogo, promotor cultural, editor. Matos Mar fue un testigo y actor importante del Perú de la segunda mitad del siglo XX. Hábilmente retratado por Mario Vargas Llosa en la novela *El Hablador*, fue también una figura controvertida, ya que no todos los que trabajaron con él compartieron su fervor por la cultura andina y sus manías personales.

Ahora que ha partido de este mundo, toca recordarlo como uno de los intelectuales que con más conocimiento y tenacidad soñó con un Perú de todas las sangres. —

Este artículo debe citarse de la siguiente manera:

Contreras, Carlos. “La utopía de Matos”. En *Revista Argumentos*, año 10, n.º 1. Febrero 2016.

Disponible en <http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/la-utopia-de-matos/>

ISSN 2076-7722

LA APUESTA DE MATOS

Martín Tanaka*



Artículo publicado en *La República*, 16 de agosto de 2015

Nos dejó José Matos Mar a los 93 años de vida. Con una trayectoria tan larga y fructífera, hay mucho que comentar: su relación con la generación de Tello y Valcárcel, su relación con San Marcos, su papel en la fundación de la antropología como disciplina en el Perú, su relación con Arguedas, el núcleo político-intelectual que fundó el Movimiento Social Progresista y luego el Instituto de Estudios Peruanos, su manera de concebir y desarrollar esa institución, su alejamiento y estancia en México en el Instituto Indigenista, su terca insistencia en los temas que podríamos llamar de antropología urbana, su optimismo respecto a la “hazaña” protagonizada por la población andina migrante, clave de la democratización del país.

Pero me pregunto aquí por el futuro de la apuesta de Matos. Hace unos años reseñé uno de sus últimos libros, *Estado desbordado y sociedad nacional emergente. Historia corta del proceso peruano* (2012). En él, Matos cuenta una epopeya cuya primera etapa arranca en década de los años cuarenta del siglo pasado, en la que los pobladores migrantes andinos se convierten de “migrantes a ciudadanos”; en la segunda, que empezaría en la década de los noventa, se consolidaría la posibilidad de construir una verdadera “sociedad nacional” sobre esa base.

La noción de que la población “chola” sería la base de una sociedad “verdaderamente” nacional había sido anunciada por Aníbal Quijano en la década de los sesenta, pero fue Matos quien se mantuvo fiel a esa apuesta política hasta el final.

* Político. Investigador del IEP.

Ese optimismo se basaba en la idea de que los ciudadanos de origen migrante andino llevarían consigo antiguas prácticas culturales, formas de socialidad basadas en el trabajo colectivo, en la reciprocidad y el intercambio, que llevaban a Matos a plantear la posibilidad de un “neosocialismo andino”. Estaríamos hoy en la víspera de una etapa en la que la ciudadanía chola se expresará también en lo político, con lo que lograríamos finalmente una representación más auténtica del país, una institucionalidad reconciliada con la “sociedad nacional emergente y pluricultural”.

Podría decirse que hoy compiten dos imágenes contrapuestas de esa “sociedad emergente”: junto a la optimista que encarnó Matos, hay otra que advierte que en esa misma sociedad lo que prima en realidad es informalidad, vínculos con actividades ilegales, individualismo y pragmatismo exacerbado, resistencia a la autoridad, identidades corporativas. Hugo Neira ha insistido en caracterizar este mundo como anómico.

Podría decirse, sin pretender ser conciliador, que el magma social que tanto entusiasmó a Matos puede tener diferentes maneras de canalizarse, que ninguna está de antemano predefinida, y que el desenlace dependerá de lo que los actores y el Estado hagan en el presente y futuro. Y acaso no quepa como antes apostar por grandes actores colectivos, del sujeto de la revolución o de la historia. Acaso antes que en los sujetos, habría que apostar por las instituciones. □

Este artículo debe citarse de la siguiente manera:

Tanaka, Martín. “La apuesta de Matos”. En *Revista Argumentos*, año 10, n.º 1. Febrero 2016.

Disponible en <http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/la-apuesta-de-matos/>

ISSN 2076-7722

JOSÉ MATOS, LA ORDEN DEL SOL Y LA LUNA

Hugo Neira*



Artículo publicado en *El Montonero*, 10 de Agosto del 2015

Reflexiones sobre la vida excepcional del gran investigador peruano.

“No espero nada del Perú oficial” (La República). Acababa de leer que a José Matos Mar le daban la Orden del Sol “en su lecho de enfermo”. Mala señal, me dije, debe estar muy mal para que corran a darle la condecoración. ¿No sabían su edad, 94 años? ¿No podían imponérsela unos años o unos meses atrás? Le hubieran dado una alegría.

Me dirán, “más vale tarde que nunca”, pero no es así. He vivido en otras sociedades y culturas, y he visto cómo tratan a sus mayores cuando son brillantes. Los reconocen y obtienen sus mejores

frutos. Lévi-Strauss estuvo en su despacho pasado los cien años. ¿Lo del límite a los setenta? En Francia las leyes pedagógicas no las hace un general Mora. La nación gratifica a sus grandes mientras estos respiran. La cultura de cementerio es la nuestra, digna de análisis. Costumbre cicatera, tardía la de no reconocer méritos ajenos. Hay un problema con “el otro”. Patología social materia de Max Hernández, Jorge Bruce, Moisés Lemlij y la doctora Caplansky. Corro traslado.

Esa Orden de mérito, ¿lo es? Se la dieron a Francisco Franco. Está a medio camino entre las genuflexiones de Torre Tagle y el reconocer a creadores. No sé, se la han dado a Nicolae Ceausescu, a Dmitri Medvédev, y a Pat Nixon, por el mérito de ser la esposa de Nixon (¡!) Francamente. Y a Gian Marco, el cantautor. Hoy, acaso quiera decir que

* Historiador y periodista.

tienes un buen amigo en Relaciones Exteriores. ¿En nombre de la nación? Por favor.

Nota triste y calenturienta, puede ser. A José Matos Mar, del Sol o de los que están en la luna de Paita, no le ha faltado reconocimiento. El último homenaje y realista, la Universidad Ricardo Palma tiene a Matos como director de investigaciones hasta que se puso enfermo. Como ha guardado el Instituto de Estudios Peruanos a María Rostworowski. Por mi parte recuerdo un curso adicional de antropología con Matos Mar, fuimos a Pacaraos en un grupo sanmarquino, estaba Rodrigo Montoya. Era de ver a Matos explicando que cada casa en la plaza principal de esa comunidad era la historia de una familia de mandones y curacas. Desde la plaza, la estructura de una microsociedad. Lo que aprendí en ese trabajo de campo de unas semanas con Matos Mar me sirvió toda mi vida.

Matos Mar es inseparable de la vida del Perú contemporáneo. Voy a lo esencial. Por un lado, el social-progresismo. Junto a los dos Salazar Bondy, Bravo Bressani, Alberto Escobar. Fue un reducido grupo, poco importa. Influyeron poderosamente en Fernando Belaunde y en los militares de Velasco Alvarado. ¿No es poco, no? Y eran un puñado. Por otro lado la investigación. El IEP. Fue Matos y fue Cotler. Un monumento. El IEP ha hecho por el conocimiento de lo real peruano más que muchas universidades. Lo digo, desinteresadamente.

Hemos perdido todos a un hombre lúcido. El entusiasmo de sus últimos artículos en *El Comercio* son las del joven Matos, hasta el final autónomo y al lado de sus grandes amores, los de abajo, indios, gente de barriadas, todo aquello que le ocupó cerebro y corazón. A llorar al río hermanos peruanos. El mejor homenaje es leerlo. Amable lector ¿es usted docente? Entonces en su aula haga algo que evitan mañosamente los actuales pedagogos: abra un libro. Uno de Matos Mar. Por ejemplo su libro sobre Taquilé y Los Uros de esa isla del Titicaca. O uno sobre barriadas. Matos Mar vio claramente el Perú. Por cierto, lo que él llamó desborde, yo lo he llamado anomia, más riesgosa, pero esas discrepancias no nos alejaron ni enemistaron. Incluso discutimos juntos en un libro publicado por el Congreso. Quiero decir algo más sobre José Matos Mar. Sonreía, todo el tiempo sonreía. “Solo lo hacen los que han escalado las más altas montañas y ríen cuando miran hacia abajo” (Nietzsche). Fue una vida excepcional y cumplida. —

Este artículo debe citarse de la siguiente manera:

Hugo Neira. “José Matos, la Orden del Sol y la luna”. En *Revista Argumentos*, año 10, n.º 1. Febrero 2016. Disponible en <http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/jose-matos-y-la-orden-del-sol-y-la-luna/> ISSN 2076-7722

JOSÉ MATOS MAR, ETNÓLOGO PERUANO

José R. Deustua-Carvallo*



Conocí a don José Matos Mar en el año 1977. Yo acababa de tomar el Seminario que por pura casi casualidad le habían permitido a Heraclio Bonilla enseñar en el Programa de Historia de la Facultad de Humanidades en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUC). Heraclio, como era su costumbre, le había dicho al grupo de ocho, diez o doce estudiantes que tomaban el Seminario llamado “Campesinado y Nación en la Historia”, que había que leer libros, artículos o separatas en español, pero también en inglés y francés; y que si no lo podían hacer, pues la puerta estaba abierta. Mi presentación en clase del libro de Barrington Moore Jr.: “*Social Origins*

of Dictatorship and Democracy”,¹ que estudiaba los casos de Francia, Inglaterra, los EEUU, Japón etc., parece que le impresionó y me consiguió la entrevista con Matos en el Instituto de Estudios Peruanos (IEP) para trabajar en un proyecto que consistía en entrevistar, recopilar testimonios y hacer trabajo de archivo y de campo para la elaboración de las *Memorias* de Luis E. Valcárcel. A las pocas semanas tuve la alegría de saber que había sido contratado por el IEP para hacer dicho trabajo, además de que mi colega y buen amigo, José Luis Rénique, había sido también contratado para colaborar conmigo en dicha tarea, siendo José Matos Mar el líder del proyecto. El

* Historiador. Doctorat de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales. Profesor de historia latinoamericana del departamento de Historia de la Universidad de Eastern Illinois, Charleston.

1 Barrington Moore Jr.: *Social Origins of Dictatorship and Democracy. Lord and Peasant in the Making of the Modern World*. Boston: Beacon Press, 1966. El libro se encontraba en la biblioteca de Ciencias Sociales de la PUCP.

libro se publicaría en el año 1981 y una segunda edición acaba de aparecer en Lima y el Cusco el año pasado.²

Ergo, trabajar cerca de cuatro años bajo su dirección fue una buena manera de aprender de su vida y de su labor en las Ciencias Sociales peruanas, tal es así que en 1984 escribiríamos con José Luis Rénique en otro libro que José Matos Mar no solo “dirigió la labor de edición de las Memorias, sino que nos legó significativas muestras de su enorme experiencia en el campo de las Ciencias Sociales”³ y, he de añadir hoy en día, en el campo de la Etnología, Antropología, el Análisis Político y la Práctica Política o Praxis, como la llamara el teórico, crítico de Estética y dirigente socialista italiano, Antonio Gramsci.

Matos no solo era el director del IEP para 1977 sino también había sido uno de sus miembros fundadores en 1964, junto con María Rostowski, Aníbal Quijano, Alberto Escobar, Augusto Salazar Bondy, Jorge Bravo Bresani, Jorge González, José María Arguedas y John V. Murra. Fue justamente John V. Murra quien con Matos les pareció sumamente importante trabajar en la edición de las memorias de quien fuera el fundador de la Etnología, en cierto sentido la Antropología y, con seguridad, la Etnohistoria en el Perú, desde los años 1920, cuando estas ramas del saber humano todavía estaban en su infancia, sea en el mundo europeo o anglo-sajón, como en el Perú, Luis Eduardo Val-

cárcel.⁴ Valcárcel, maestro de José Matos Mar, había sido un contemporáneo de José Carlos Mariátegui, Víctor Raúl Haya de la Torre y Luis Alberto Sánchez con quienes discutió las cuestiones del indigenismo, del socialismo y del aprismo en el Perú, en un célebre libro publicado en 1927, *Tempestad en los Andes* (Lima: Editorial Minerva, edición original), el que precede a los *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana* (Lima: Editorial Minerva, 1928, edición original) en menos de 365 días. En otras palabras, era uno de los fundadores del pensamiento social contemporáneo a comienzos del siglo XX y lo seguiría siendo a través del siglo influyendo, claro está, en José Matos Mar, quien lo conoció en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos donde, desde finales de la década de 1940 y en la de 1950, se desarrollaban las carreras de la Sociología y de la Etnología a desmedro de la tradicional carrera de Historia. Matos no solo estaría en la fundación del Instituto de Etnología y Arqueología en San Marcos sino también colaboraría con Valcárcel en el Museo de la Cultura Peruana, del cual este último era su director. En 1950, por ejemplo, José Matos Mar trabajaba con Mendel C. Bennett sobre la cultura y en Sari (Ayacucho), siendo aún un joven muchacho, nacido en Cora, Parinacochas, en los años 1920, quien había llegado a Lima casi como un niño para estudiar secretariado y actividades de la mecanografía. Ya en la década de 1940 era un joven intelectual comenzando a hacer sus pininos en las Ciencias Sociales del país.

2 Luis E. Valcárcel: *Memorias*. Editadas por José Matos Mar, José Deustua C. y José Luis Rénique. Lima: IEP, 1981; segunda edición Lima y Cusco: IEP y Ministerio de Cultura, 2015, gracias a las labores de Fernando Brugue Valcárcel. Ver al respecto www.centroluisevalcarcel.com

3 José Deustua y José Luis Rénique: *Intelectuales, Indigenismo y Descentralismo en el Perú*. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas, 1984, XIV

4 El proyecto de recopilar las memorias de Valcárcel en verdad comenzó con Ana María Soldi en 1970, quien lo entrevistó por semanas, lo que luego se complementaría con la labor de María Eugenia Núñez y, más tarde, José Luis y yo. Luis E. Valcárcel es el autor de *Etnohistoria del Perú Antiguo*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1959, uno de los orígenes de la Etnohistoria en el Perú. Los otros orígenes estarían vinculados a los trabajos de María Rostowski, John Murra y Franklin Pease G.I., a partir de los años 1950 y 1960 del siglo pasado.

Valcárcel y Matos creían en la ciencia de la Etnología. El debate era aún crudo y rudo en las décadas de los 1940 y los 1950. La Etnología era la disciplina científica de las Ciencias Humanas que con influencia francesa, Paul Rivet en especial, habían llegado a fundar toda una rama del saber humano y, en particular, “le Musée de l’ Homme” en París, para estudiar los diversos grupos étnicos y razas humanas del planeta Tierra, no solo en el presente sino también en el pasado. El famoso libro de Paul Rivet, *Les Origines de l’Homme Américain* (París y Montréal: Editions de l’Arbre, 1943, existen varias ediciones en español), había influido muchísimo los ambientes académicos nacionales postulando tesis como, por ejemplo, la influencia polinesia en el desarrollo de las culturas y sociedades peruanas pre-inkaikas, en contra de las teorías de Julio C. Tello, y afirmando enfáticamente la presencia de grupos nórdicos y escandinavos en Norte América en los siglos XI y XII, 300 años y más antes de que Cristóbal Colón llegase a América al servicio de la corona española.

Del otro lado estaba la Antropología Social británica y estadounidense que también quería mostrar su presencia en los medios académicos peruanos, no solo intelectualmente sino también financieramente, pues en especial los norteamericanos, dotados de mucho más dinero, después de la Segunda Guerra Mundial, querían financiar proyectos de investigación como el de Mendel C. Bennett, ya mencionado. El proyecto típico de esta nueva tendencia de Antropología Social fue el de Vicos pero hubieron otros, como el de Sicaya, una comunidad campesino-indígena en el valle del Mantaro, donde trabajaron en los años cuarenta del siglo pasado obviamente José Matos Mar, pero también Rosalía Avalos, Mario Vázquez, Jorge C. Muelle, Gabriel Escobar y J.M.B. Farfán etc.⁵ Estoy hablando verdaderamente de

los comienzos de la Antropología científica, como Ciencia Social, en el Perú. Tal vez, habría que añadir a estos nombres el de José María Arguedas pero “piano, piano, se va lantano”, dejemos todavía espacio a la narración.

El proyecto de Sicaya duraría mucho años en realizar y fue resultado de la colaboración entre el Instituto de Antropología Social de la Smithsonian Institución de Washington DC (EE.UU.), representado por Harry Tschopik Jr. y el Museo de la Cultura Peruana, dirigido por Valcárcel. Estos antropólogos y etnólogos jóvenes habían recorrido varias comunidades campesino-indígenas, quechua y español hablantes, de las alturas de Ayacucho, Junín y Pasco, para evaluar sus diferencias culturales y de funcionamiento interno y con su mundo exterior. Algunas eran más tradicionales, guardando costumbres y comportamientos de origen colonial, sino anterior, mientras que otras, sobre todo mestizas, mostraban lo que ellos y Rosalía Avalos llamaron, actitudes “progresistas”, sobre todo en las comunidades de Chupaca y Muquiyauyo, también en el valle del Mantaro, escogiéndose a Sicaya como el “case study”, el estudio de caso a hacer.

José Matos Mar entre 1977 y 1983, cuando lo veía casi a diario, aún conservaba ese interés comparativo de analizar comunidades campesino-indígenas entre más tradicionales y más “progresistas”. Entre esos años, por ejemplo, otra de nuestras “chambas” en el IEP con José Luis Rénique fue ir junto con Carlos Iván Degregori, Juvenal Casaverde y Jürgen Golte a la comunidad de Huayopampa en las alturas del valle de Chancay, en las serranías andinas, para entrevistar comuneros y comuneras y hacer trabajo de campo con el fin de re-editar el libro de 1968 de Fernando Fuenzalida, José Luis Villarán, Teresa Valiente y Jürgen Golte: *Estructuras Tradicionales y Economía de Mercado. La Comunidad de Indígenas de Huayopampa* (Lima: IEP). Lo que

⁵ Ver al respecto Gabriel Escobar: *Sicaya, Cambios Culturales en una Comunidad Mestiza Andina*. Lima: IEP, 1973.

sucedió en 1982 cuando salió el libro que ahora se llamaría en su segunda edición, *El Desafío de Huayopampa. Comuneros y Empresarios* (Fernando Fuenzalida y otros, Lima: IEP), el que incluye nuevos capítulos donde Jürgen Golte, Carlos Iván Degregori y Juvenal Casaverde son los autores. Esa fue una de las grandes virtudes de Matos, promover nuevos estudios y nuevos y nuevas científicos sociales, como el que esto escribe, historiador, o Jürgen o Carlos Iván o Juvenal y otros muchos y muchas que entraron al IEP en los años setenta o en los ochenta, cuando él todavía era el director. Luego se iría a México donde trabajó en el Instituto Indigenista Interamericano para volver, en sus años ochenta y noventa, para seguir en la escritura y práctica de las Ciencias Sociales. Pasemos a ver ahora su trabajo académico personal.

Si hay que mencionar dos temas en el trabajo académico e intelectual de José Matos Mar estos serían: a) Los estudios etnológicos de valles peruanos, sean costeros o serranos (la selva no fue un área de su experiencia o conocimiento antropológico) y su reflexión sobre la sociedad rural peruana antes y después de la reforma agraria del general Velasco, decretada en 1969 como parte de las así llamadas reformas estructurales del gobierno militar de las fuerzas armadas del Perú; y b) Los estudios de barriadas y las varias Limas que componen el espacio socio-geográfico de la Lima metropolitana de hoy en día.

Desde sus ensayos en *La Hacienda en el Perú* (Lima: IEP, 1967), *Perú Problema. Cinco Ensayos* (Lima: IEP, 1968), *Dominación y Cambios en el Perú Rural* (Lima: IEP, 1969), *La Hacienda, la Comunidad y el Campesinado en el Perú* (Lima: IEP, 1970; segunda edición 1976), donde escribe sobre las comunidades indígenas del área andina, *El Indio y el Poder en el Perú Rural* (Lima: IEP, 1970) hasta Erasmo Muñoz, *Yanacón del Valle de*

Chancay (Lima: IEP, 1974), en colaboración con Jorge Carbajal, *Yanaconaje y Reforma Agraria en el Perú. El caso del valle de Chancay* (Lima: IEP, 1976), y *La Reforma Agraria en el Perú*, en colaboración y con un mayor esfuerzo por José Manuel Mejía (Lima: IEP, 1980) entre otros, Matos hizo del estudio de casos y de la reflexión social y antropológica del Perú rural una de sus mayores aventuras intelectuales. Además, siempre contaba con el apoyo de sus colaboradores y de sus asistentes, como en el caso de José Luis Rénique y yo, jóvenes historiadores recién egresados de la PUC, quienes trabajaban en este proyecto de reunir y publicar las memorias de Luis E. Valcárcel. Pero, igualmente, Fernando Fuenzalida, Julio Cotler, Heraclio Bonilla, Alberto Escobar, Giorgio Alberti, para solo mencionar algunos y, sobre todo, los más “seniors”, eran colaboradores o partícipes en las muchas conversaciones que tenían lugar sea en los pasillos de la casona del IEP en la calle Horacio Urteaga (todavía no existía el otro local) o en la misma oficina de Matos. Además, se tenía mucha conciencia de que la conversación entre intelectuales y académicos, amigos y amigas, era una fuente permanente de ideas e intercambios, muy positivos para el trabajo de uno mismo. Así recuerdo conversaciones con John V. Murra sobre asuntos de la Antropología o la Etnohistoria hasta la situación de Harlem en Nueva York, donde pavorosos incendios ocurrieron en los años 1970, y muchas otras discusiones e intercambios coloquiales, lo que luego fue institucionalizado, a la salida de Matos del IEP, en lo que hoy se llama “la mesa verde”, conversaciones algo más formales en la sala del Instituto que tiene una gran mesa verde en el centro de ella.

El otro tema central en la obra de José Matos Mar fue el de las así llamadas barriadas de Lima. Comenzó en los años 1950 con las primeras migraciones masivas a Lima y Matos continuó con el

tema hasta sus años finales. En 1966, por ejemplo, publicó *Las Barriadas de Lima*, 1957 (Lima: IEP, 1966, segunda edición 1978), su primer estudio al respecto. Al que seguiría *Urbanización y Barriadas en América del Sur* (Lima: IEP, 1968), el que fue resultado de un estudio comparativo de Lima con otras ciudades del continente sudamericano, entre ellas Caracas, donde Matos vivió entre 1958 y 1960. En esos años, como Matos estuvo en Venezuela, José María Arguedas, amigo y colaborador de él, tomó a su cargo el Gabinete de Trabajo del Instituto de Etnología, que dirigía Matos en San Marcos, bajo la supervisión de Valcárcel. Arguedas, para entonces, acababa de regresar de España donde había investigado y escrito su tesis doctoral sobre *Las Comunidades de España y del Perú*. Ya para entonces Arguedas era un reconocido escritor peruano y andino y su novela *Todas las Sangres* motivó en 1965 una mesa redonda en el IEP en donde participó Matos, Alberto Escobar, Henri Favre, Aníbal Quijano, José Miguel Oviedo y otros. Una re-edición de este conversatorio, sobre el cual Arguedas quedó muy decepcionado, fue publicada inicialmente por Alberto Escobar con el título de *¿He vivido en vano? La Mesa Redonda sobre "Todas las Sangres" del 23 de junio de 1965* (Lima: IEP, 1985) y ha sido re-editada por Guillermo Rochabrún en una edición incluye un disco compacto con las voces de los participantes (Lima: IEP, 2000).

En este sentido, hasta cierto punto, el "best seller" de José Matos Mar, *Desborde Popular y Crisis del Estado. El Nuevo Rostro del Perú en la Década de 1980* (Lima: IEP, 1984, edición original; hasta el 2001 habían cinco ediciones más y luego el mismo Matos publicó lo que podría ser un segundo volumen, para actualizarlo hasta los años de hoy) fue una culminación de sus estudios urbanos y de su percepción de los cambios en el Perú rural luego de la reforma agraria de los años 1969-1980

y del surgimiento de Sendero Luminoso, al que él veía como un "desborde" que el Estado peruano no podía controlar. Así, solo me bastaría terminar con una nota marginal a su praxis. Junto con Jorge Bravo Bresani y otros, José Matos Mar fue uno de los creadores del Movimiento Social Progresista de los comienzos de la década de 1960 y, para entonces, cercano al arquitecto Fernando Belaunde Terry, líder del partido Acción Popular y Presidente de la República del Perú entre 1963 y 1968 y, después, entre 1980 y 1985. Recuerdo haber ido con José Luis Rénique y él al Palacio de Gobierno a entregarle un ejemplar de las *Memorias de Luis E. Valcárcel* al Presidente Belaunde, aunque para entonces ya estaban políticamente más alejados, debido al desprecio que Belaunde tenía por las reformas de Velasco (lo habían sacado de Palacio a la fuerza el 3 de octubre de 1968) y el espíritu más matizado que Matos tenía con relación a ellas (ver sus libros al respecto). Matos siguió asesorando presidentes incluyendo Ollanta Humala, según reportajes y entrevistas periodísticas, y aunque nunca buscó una curul o fue Ministro de Estado, el IEP actuó como el "think tank" o diseñador de políticas públicas que hasta ahora es, cumpliendo dentro de la sociedad peruana en general una función de análisis y contribución prospectiva. Pero, "en tiempos de Matos", como se suele decir en el IEP, la Historia y la Lingüística y la Literatura, tenían un rol mayor del que ahora tienen en ese importante centro de estudios y de investigación del país. □

Este artículo debe citarse de la siguiente manera:

Deustua-Carvallo, José R. "José Matos Mar, etnólogo peruano". En *Revista Argumentos*, año 10, n.º 1. Febrero 2016.

Disponible en <http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/jose-matos-mar-etnologo-peruano/>
ISSN 2076-7722

GENEALOGÍA DEL RADICALISMO: Reseña de *Incendiar la pradera*, de José Luis Rénique

Javier Puente*



José Luis Rénique, uno de los historiadores peruanos más prolíficos, ha publicado un útil y provocador libro titulado *Incendiar la pradera: un ensayo sobre la revolución en el Perú*, el cual aparece bajo un sello que busca renovar y revitalizar la escena editorial peruana (¿limeña?). Este trabajo logra presentar una narrativa lineal, poco recargada de excesos del formalismo académico, sobre las convulsiones sociopolíticas que estructuraron la historia peruana durante el siglo pasado. Al hacerlo, toma las licencias propias de un ensayo –tantas veces recaladas por Cecilia Méndez, evocando el llamado de Alberto Flores Galindo– buscando producir sensaciones heterogéneas, tanto en el lector desinformado como en el especializado. El resultado es un éxito en ambos frentes.

* Historiador. Profesor Asistente del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Aunque el libro está simétricamente estructurado en tres grandes partes con tres capítulos en cada una de ellas, los cuales pueden leerse de manera independiente, se puede identificar una idea motora del texto en conjunto. Rénique propone rastrear la trayectoria histórica de los ideales revolucionarios y del radicalismo peruano de manera genealógica, sugiriendo la formulación de nuevos proyectos radicales como una concatenación de antepasados políticos a riesgo de terminar presentando algo tan patriarcal y patrilineal como las historias nacionales más convencionales.

Incendiar la pradera, a confesión del autor, apareció con otro título y en otro idioma, como parte de un compendio de publicaciones en torno a la idea de revolución. El texto publicado no es, sin embargo, una versión corregida y aumentada sino

una original culminada hace casi una década. La vigencia de los argumentos que Rénique desliza, someramente “actualizados” por una revisión historiográfica y una entrevista incluidas como apéndices, hablan también de lo poco que se ha avanzado en los terrenos en los que el autor decanta preguntas y plantea direcciones.

Rénique propone rastrear la trayectoria histórica de los ideales revolucionarios y del radicalismo peruano de manera genealógica, sugiriendo la formulación de nuevos proyectos radicales como una concatenación de antepasados políticos a riesgo de terminar presentando algo tan patriarcal y patrilineal como las historias nacionales más convencionales.

Al hacer este rastreo, el autor nos invita también a repensar la genealogía de la nación peruana desde sus supuestos márgenes radicales. Rénique sugiere, entonces, un carácter mucho menos marginal y mucho más políticamente proactivo y vanguardista en las variadas propuestas revolucionarias: la tradición radical peruana tendría un poder explicativo único para perfilar los senderos políticos que atraviesa el Perú a lo largo del siglo XX. A este poder explicativo, sin embargo, lo rodea un cierto hálito de frustración que se cierne sobre las líneas de varios pasajes y manifiesta en la “entrevista” final. Si las revoluciones, en otros espacios y tiempos, fueron grandes demiurgos de proyectos nacionales, ¿qué ocurrió en Perú?, ¿en qué momento se jodió la revolución?

La primera parte, *Del radicalismo a la revolución*, vuelve sobre una amalgama ya formulada en otras instancias, la explicación de aquel tridente que demarcaría la modernidad política peruana que sobreviene al colapso nacional luego de la derrota en la Guerra del Pacífico. Manuel González Prada, Víctor Raúl Haya de la Torre y –acaso más importante– José Carlos Mariátegui son quienes empiezan esa “larga marcha” que recorre la revolución peruana desde los umbrales del siglo XX en pos de encontrar el verdadero Perú. Aunque con ópticas y fórmulas disímiles, propias de las tradiciones intelectuales y periplos personales de cada uno de los integrantes de ese tridente, ese verdadero Perú empezó a cobrar ribetes rurales y rostro indígena. Bien sea en el derrotero de la ciudad letrada al campo o inversamente, del campo a la ciudad, la inmensidad territorial y humana de los Andes peruanos le proveyeron consistencia y textura a este momento de vanguardismo político.

Revolución en la revolución teje un hilado algo menos frecuente en la historia política peruana, vinculando las experiencias radicales en el Perú de medio siglo –desde el momentum Trotskista materializado en la experiencia de La Convención hasta el fracaso de las guerrillas *miristas*– con un contexto hemisférico que parecía legitimar la vía insurreccional para remediar las desiguales estructuras de propiedad y poder. No es un tridente sino un binomio lo que personifica este momento que, a juicio de Rénique, termina convirtiéndose en un tránsito entre el desasosiego material y el político que desemboca en la exégesis Mariateguista y aquel otro ciclo que empieza con el golpe militar de 1968.

En ese tránsito, las figuras de Hugo Blanco y Luis de la Puente Uceda encarnarán la revitalización de la “larga marcha” que conducirá a liderar una auténtica experiencia de reforma agraria “desde

abajo” al primero y a una intentona guerrillera foquista que deviene en tragedia al segundo. Tal como había ocurrido con el tridente González Prada-Haya-Mariátegui, este binomio también se nutrió de un internacionalismo que no solo refinaba sus esquemas teóricos y posiciones ideológicas, sino que además moldeaba su accionar político. Intermedia en este acápite el patético episodio de la traición aprista, a la que Rénique le presta atención como principio causal de la génesis de las facciones rebeldes que lideraría De la Puente y que –en virtud del dibujo más grande que intenta trazar y respondiendo a la búsqueda de un punto de inflexión en esa tradición radical– hubiera merecido mayor tratamiento.

De la revolución militar a la guerra senderista, última sección del ensayo, es la parte más desafiante y mejor lograda del libro. Desafiante porque vuelve sobre aquella secuencialidad algo desconcertante en la historia reciente del Perú, la que avecina el experimento político de una junta militar autoproclamada como revolucionaria con el inicio de la lucha armada del Partido Comunista del Perú – Sendero Luminoso. Lograda debido a que trasciende lo meramente secuencial o causal, proponiendo discretamente un entendimiento dialéctico entre reforma y revolución. Siguiendo el postulado de Steve Stern sobre el carácter antitético a la historia peruana de la insurgencia senderista, la visión de Rénique sobre el ahora llamado conflicto armado interno se entiende a la luz de su naturaleza antagónica, pero a la vez retroalimentante con las reformas del Velascato.

La personificación de este tercer estadio revolucionario estuvo encarnada por Juan Velasco Alvarado y Abimael Guzmán. Además de las reconocidas atribuciones que se le atañe a Velasco y su *intelligentsia* castrense en tanto logra encapsular y capitalizar décadas de promesas insatisfechas y

creciente descontento social, Rénique resalta la participación de la “nueva izquierda” en el proceso de forjar el “blitzkrieg agrario del Leviatán Velasquista” (p. 119). A Guzmán, por otro lado, se le imputa haber ejecutado una versión de esa “larga marcha” –iniciada por González Prada en el ocaso del siglo diecinueve– cuya doctrina entró en franco y abierto desencuentro con el “verdadero Perú”, serrano y ahora campesinizado, el que, por el contrario, debió haberla nutrido.

El autor explica la inconsistencia histórica de esta “nueva izquierda” a la luz de la polarización sociopolítica y económica de la década de los ochenta, en la que el Perú se enfrentó a la posibilidad de fracasar como Estado y Nación.

Sin embargo, es en esta tercera unidad que se inscribe un capítulo dedicado a una “nueva izquierda”, la misma que emerge al amparo del Velascato y en las postrimerías del fracaso *mirista* y cuyo rol en la “larga marcha” parece algo problemático. Bien como una paria del proyecto estatal Velasquista, en continuo proceso de reformulación democrática, luego de la transición dubitativa frente a su familiaridad con los postulados senderistas, la “nueva izquierda” nunca logra cuajar históricamente algo que también termina afectando el argumento de Rénique. El autor explica la inconsistencia histórica de esta “nueva izquierda” a la luz de la polarización sociopolítica y económica de la década de los ochenta, en la que el Perú se enfrentó a la posibilidad de fracasar como Estado y Nación. Sin dicha polarización anuncia contrafácticamente Rénique, la “nueva

izquierda” peruana se hubiera transformado “en una izquierda moderada y plenamente integrada al sistema democrático” (p. 156). El autor tampoco escatima en críticas al “nuevoizquierdismo”, al que acusa de no haber trascendido la “visión instrumental de la democracia eficaz en el corto plazo” (p. 131) sin proponer algo sustancial para el largo aliento.

Pese a ello, Rénique se esfuerza por intentar identificar una figura patriarcal que se concatene con el derrotero patrilineal de la genealogía radical, figura que pudo haber sido encarnada por Javier Diez Canseco o Víctor Polay Campos. Ambos cumplirían con aquel vínculo político patrilineal que los afiliaba a una tradición precedente, Diez Canseco desde las filas de la izquierda “legal” y Polay desde las facciones radicales del aprismo. Los líderes del Partido Unificado Mariateguista (PUM) y del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), respectivamente, parecen entonces articular la reactivación de una “mística perdida” en el radicalismo peruano (p. 131). Sin embargo, al PUM le sobrevendría una casi silente disolución luego de las divisiones faccionalistas que tanto caracterizaron a la izquierda “legal”. Al MRTA –protagonista de la toma de rehenes de la residencia del embajador japonés en 1996, un episodio tan simbólico como trágico– le sobrevino, por su parte, la obliteración final, mezcla de “desastre político y humano” (p. 150).

Asimismo, en la prosa de Rénique existe un hábito de intimidad, una suerte de carácter testimonial en lo que describe con aparente mezcla de frustración y nostalgia, particularmente en aquellos pasajes en los que toca el tema de la “nueva izquierda”. La generación intelectual del autor, que se dividiría en *libios* y *zorros*, en torno a la validez de la lucha armada, fue en parte responsable del desplome de un horizonte revolucionario

alternativo al que se vislumbraba desde “Hunan Andino” que Sendero Luminoso había batido eficientemente.

En esa misma generación radica buena parte de la responsabilidad de haber hecho fracasar el gran proyecto democrático de la oximorónica Izquierda Unida, la que debía consolidar su lugar como segunda potencia política en las elecciones de 1990. El resultado no pudo ser más distinto y terminó empoderando al candidato “antisistema” que proponía algo diametralmente inverso a lo que culminó ejecutando. Dicho candidato, de apariencia menuda y timorata, se transformaría en un auténtico *tsunami* que buscaría arrasar con la ruralidad que configuraba el horizonte de la “gran marcha” del radicalismo peruano, a extremos que lindó con el genocidio.

Breve mención aparte merecen los apéndices incluidos al final del ensayo y que engrosan el volumen del texto. *La guerra senderista: el juicio de la historia* es un recuento histórico e historiográfico sobre el derrotero intelectual del tratamiento del conflicto armado interno, desde los aportes tempranos y fundacionales de Carlos Iván Degregori (1990) –figura a la que le dedica, justificadamente, varias páginas– hasta la “producción post-conflicto” más reciente, ilustrada por el relato de Lurgio Gavilán y su memoria tripartita como senderista, soldado y seminarista. (2012).

Rénique aprovecha este momento para movilizar someramente el contenido del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003), aunque lo hace de manera poco inquisitiva y sobresimplificando las críticas más agudas, menos políticas y ciertamente académicas, que se le ha formulado a dicho documento. El autor es mucho más crítico con la temprana producción académica –desfasada, superada y poco

consultada— sobre Sendero Luminoso publicada en la academia estadounidense, quienes sondeaban con intuición analógica un modelo que les permitiese “explicar” a Sendero hasta el punto de generar las “narrativas comerciales” tan demandadas por los “mercados nortños” (p. 178).

El autor es mucho más crítico con la temprana producción académica sobre Sendero Luminoso publicada en la academia estadounidense, quienes sondeaban con intuición analógica un modelo que les permitiese “explicar” a Sendero hasta el punto de generar las “narrativas comerciales” tan demandadas por los “mercados nortños”

Resulta mucho más interesante la revisión que hace Rénique sobre las preocupaciones intelectuales y producciones académicas más recientes, domésticas y fuera del país, constatando una sensación ambivalente. Por un lado, la vitalidad de los estudios sobre Sendero Luminoso dentro y fuera de las fronteras peruanas, los mismos que si bien se ha nutrido heurísticamente del proceso iniciado por la Comisión de la Verdad y Reconciliación, también buscan crear sus propias epistemologías sobre el conflicto. Por otro lado, volver sobre la falta de sintonía entre las preguntas que preocupan a especialistas locales y foráneos, acaso una de las constantes historiográficas más consistentes, síntoma de la unidireccionalidad en la geopolítica editorial y generación del conocimiento, imposible de resolverse simplemente mediante congresos y compilaciones. Finalmente, la entrevista incluida al final del libro, cuyo título

recoge uno de los sentires de la intimidad política del autor, responde a aquella conminación por revelar los “lugares” desde los cuales escribe un autor. Sin embargo, la narrativa de la entrevista, la que fue respondida por escrito, según declaración del propio autor, sugiere poco de diálogo y mucho de una aguda reflexión innecesariamente intermediada por “preguntas”. El ejercicio de leer únicamente las respuestas, prescindiendo de las interrupciones del entrevistador y editor del libro, refuerza esta percepción.

Hay algunas inferencias sobre las que conviene volver con algún detenimiento en otra instancia. Salvo Manuel González Prada, ninguno de los patriarcas revolucionarios es limeño. Todos los patricios radicales provienen de núcleos provincianos como Trujillo, Moquegua, Cusco, Santiago de Chuco, Piura y Arequipa. La brega por la “larga marcha” se mueve intelectualmente desde la periferia hacia el centro ¿Son las experiencias provincianas tempranas, la distancia de ese otro Perú tan alejado frente al cual se requería formular alternativas, las que forjan el carácter de una adultez radical? Otra de las conclusiones implícitas en el texto de Rénique es que aquello que se rotula como “campesinismo” y la formación de nuevos mundos rurales articulan al menos dos tercios de la tradición radical, que en el Perú tuvo un rostro provinciano y una agenda rural que entra en tensión al pensar un país simplemente “desbordado” en torno a una obsesión urbana. El siglo XX peruano fue el siglo del campo.

En suma, *Incendiar la pradera* es un texto indispensable para diferentes públicos por razones similares y diversas al mismo tiempo. Deberá ser lectura obligatoria tanto para el estudiante universitario como para el especialista. Su difusión fuera de espacios académicos resulta igualmente imprescindible. Seguramente recibirá distinciones

y premios, los que en un medio académico como el peruano colocarán al texto en riesgo de ser tratado totémicamente. Flaco favor para un autor dispuesto a escuchar, conversar y debatir permanentemente, entendiendo aquello que Flores Galindo seguramente le recordó a su generación en varias oportunidades, que el discrepar es otra forma de aproximarse. —

Este artículo debe citarse de la siguiente manera:

Puente, Javier. "Genealogía del radicalismo: Reseña de *Incendiar la pradera*, de José Luis Rénique.". En *Revista Argumentos*, año 10, n.º 1. Febrero 2016.

Disponible en <http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/genealogia-del-radicalismo-resena-de-incendiar-la-pradera-de-jose-luis-renique/>
ISSN 2076-7722

UN TESTIMONIO DE LA VIOLENCIA:

Reseña de *Con la palabra desarmada*, de Alberto Gálvez Olaechea

Óscar Segura*



Luego de dos décadas en prisión, el dirigente del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), Alberto Gálvez Olaechea, salió en libertad tras cumplir su condena con un libro bajo el brazo llamado *Con la palabra desarmada. Ensayos sobre el (pos)conflicto* (Lima: Fauno, 2015), en el que hace un balance de su experiencia en esta organización y una reflexión sobre los retos de la reconciliación en el Perú. El libro de este autor es especialmente interesante porque surge en medio de un debate sobre cómo debe reaccionar la sociedad peruana ante quienes militaron en grupos armados y salen libres tras cumplir sus condenas.

En el caso de Gálvez Olaechea vale recordar que, al igual que la dirigencia del MRTA renunció a la

violencia armada e inició un proceso de reflexión sobre su experiencia en la cárcel y sobre su participación en este periodo de convulsión. De esta manera, Gálvez Olaechea explica su proceso de ingresar a la lucha armada, retando al lector a tratar de entender a quienes se enrolaron a una organización como el MRTA y, de esta manera, plantear la necesidad de permitir la reinserción social de aquellos que pertenecieron a grupos armados.

RAZONES DE SANGRE

La idea que busca refutar el libro es la asunción de que los terroristas son "monstruos" o "fanáticos" motivados simplemente a hacer el mal, es por eso que el autor narra su propia historia como militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en las décadas de 1970 y 1980, para luego

* Historiador y comunicador. Asistente de docencia en la PUCP.

integrar el MRTA. De esta manera, Gálvez Olaechea plantea que su camino a la insurgencia fue un recorrido natural producto del espíritu de la época en donde el discurso de la izquierda consideraba que la revolución socialista era inminente y la lucha armada, un método válido.

Gálvez Olaechea explica su proceso de ingresar a la lucha armada, retando al lector a tratar de entender a quienes se enrolaron a una organización como el MRTA y, de esta manera, plantear la necesidad de permitir la reinserción social de aquellos que pertenecieron a grupos armados.

Un recorrido parecido hace Lurgio Gavilán en su libro *Memorias de un soldado desconocido* (Lima: IEP, 2012), donde narra cómo se enroló durante su infancia a las filas de Sendero Luminoso, que prometía inicialmente la lucha por la justicia social y la destrucción de "todo lo viejo" en las comunidades campesinas de Ayacucho, por lo que pronto el discurso tuvo efecto en él. Aunque las experiencias son diferentes y el grado de ideologización es distinto, ambos personajes fueron concientizados mediante una visión del mundo dividida entre amigos y enemigos que convertía en "natural" el uso de la violencia.

El libro de Gálvez Olaechea explica que hubo varios factores para que muchos militantes renunciaran. Entre ellos, el recorrido de la izquierda peruana, debido a que tras el regreso de la democracia en 1980, vivió constantes luchas entre sus partidos, lo que provocó frustración en los sec-

tores radicales, por lo que prefirieron actuar en los márgenes de la legalidad.

Otro elemento que se menciona en el libro es que el surgimiento de Sendero Luminoso generó mala conciencia en un sector de la militancia izquierdista que veía como un grupo marginal cumplía el discurso revolucionario de toma del poder que tanto se había proclamado, mientras el grueso de partidos parecía seducido por la democracia. Como bien sostiene Olaechea en su libro: "Nosotros, militantes del MIR grupo con antecedentes guerrilleros y rituales de homenaje a sus héroes, nos quedamos inmunes a un proyecto que nos interpelaba y nos forzaba a las definiciones. El discurso se tornó obsoleto: los hechos tenían que hablar" (Pág.57).

Asimismo, el autor considera que también pesaron otros hechos, tales como el surgimiento de movimientos guerrilleros como el M-19 en Colombia y, hasta cierto punto, lo que ocurría en Nicaragua donde la revolución sandinista parecía continuar la senda de la revolución cubana. Sin embargo, Gálvez Olaechea sostiene que en los ochenta la imagen romántica de la guerrilla ya estaba en declive, pero la izquierda peruana, de la que era parte, mantenía vigente este mito y buscó reactualizar ese pasado glorioso.

Tomando esto en cuenta, Gálvez Olaechea señala que en 1986 inició las conversaciones con Víctor Polay para integrar su partido a las filas del MRTA e ir a la lucha armada, puesto que para entonces esta organización era vista como una fuerza en ascenso y se parecía mucho a las guerrillas clásicas que admiraba el MIR. Según narra el autor, la fusión causó discusiones y divisiones en el MIR debido a las condiciones que imponía el MRTA. Estas establecían que Polay y sus allegados serían los que asumirían la jefatura, relegando a los miristas a ser absorbidos.

Las observaciones de las que da cuenta Gálvez Olaechea son interesantes porque muestran el grado de fraccionamiento de la izquierda cuyas luchas, en el fondo, se concentraban en conservar cuotas de poder. Por otro lado, el libro da cuenta de la impaciencia de estos grupos por mantener viva la lucha armada a pesar que la democracia exigía una renovación ideológica.

CRÍTICAS AL MRTA

El libro de Gálvez Olaechea sirve como fuente para saber cómo fue el funcionamiento interno de MRTA, por este motivo, también constituye un espacio en el que el autor plantea críticas a la organización a la que perteneció y especialmente a su dirigencia.

Gálvez Olaechea sostiene que en los ochenta la imagen romántica de la guerrilla ya estaba en declive, pero la izquierda peruana, de la que era parte, mantenía vigente este mito y buscó reactualizar ese pasado glorioso.

Una de las observaciones que hace Gálvez Olaechea sobre el surgimiento del MRTA en 1984, es su tardía aparición en el escenario político de la época, en un momento en que en el plano legal ya existía IU y en el de la insurgencia armada se encontraba Sendero Luminoso. Como menciona el autor: “El campo gravitacional de ambas fuerzas, en particular del senderismo, era demasiado potente para escapar al impacto de su accionar y sus consecuencias” (p.74), de esta manera no es extraño que el MRTA rápidamente fue asociado a SL a pesar de sus diferencias.

Por otro lado, Gálvez Olaechea critica la intransigencia de la dirección del MRTA al querer acaparar el poder y concentrar sus fuerzas en Lima, lo que pronto produjo el fracaso de este grupo. “Este centralismo fue uno de los graves errores del sueño estratégico del MRTA, su talón de Aquiles (...) No hubo un bastión de influencia social ni intentamos imponerlo. El dinamismo de los grupos milicianos y de comando fue intenso, con acciones de diversa índole. Su contraparte se tradujo en bajas y en el incremento del número de presos” (p.75), menciona el autor.

Fuga de Castro Castro y el desenlace predecible. Sin duda, alguno de los momentos decisivos para Gálvez Olaechea ocurrió luego de la fuga del penal Castro Castro en julio de 1990, en donde se encontraba junto a varios dirigentes de esta organización. Tal como señala el libro, si bien la fuga inyectó cuadros al MRTA, también generó el inicio de conflictos y fracturas en su interior, precisamente en un momento en que el grupo se encontraba en una situación militarmente desfavorable. La situación interna llegó a tal punto de confrontación que ocasionó las ejecuciones de miembros de la propia organización como Oreste Davila y Andrés Sosa Chamamé, que generaron que el propio Gálvez Olaechea renunciara al MRTA desde la cárcel en 1992, meses después de ser capturado. Desde ese entonces, el balance de Gálvez Olaechea en prisión llega a la conclusión de que la experiencia armada fue un error no solo militar sino también de tipo ideológico; y que la rigidez de su actuación les impidió ver la realidad.

A partir de esa autocrítica, Gálvez Olaechea concluye que las revoluciones son excepciones de la historia y no leyes ineluctables del cambio social (p.30), descartando la lógica inicial que asumía que la revolución estaba a la vuelta de la esquina. También admite que en la izquierda hubo una

suerte de culto constante a la confrontación que llevaba a ver la violencia como natural y aceptable sin considerar las consecuencias, tal como indica: "exacerbar los conflictos sociales a través del ejercicio de la violencia sistemática, esto es, intentar transformar la sociedad mediante la lucha armada, abre el camino a procesos impredecibles, a veces perversos y contradictorios" (p.94).

Gálvez Olaechea concluye que las revoluciones son excepciones de la historia y no leyes ineluctables del cambio social, descartando la lógica inicial que asumía que la revolución estaba a la vuelta de la esquina.

De esta forma, Gálvez Olaechea sostiene que la experiencia fue una derrota no solo militar sino política situación que lo lleva a aceptar que estuvo en el lado incorrecto de la historia por su propio dogmatismo, por tal razón concluye que: "hice lo que creí que había que hacer y hoy asumo las consecuencias de mis actos, serenamente, sin dramatismo" (p.95).

COMISIÓN DE LA VERDAD.

Con la palabra desarmada tiene un capítulo especial en el que el autor debate muchas de las afirmaciones que el Informe Final de la Comisión de la Verdad dedica al MRTA como actor en el conflicto armado interno y en el que trata de presentar un deslinde respecto a otros actores, como Sendero Luminoso.

Para empezar, el autor reconoce como valioso ese documento de la CVR y señala que se trata de

un informe sólido e imposible de leer sin quedar conmovido ante la magnitud del conflicto. Gálvez Olaechea dice sentirse: "interpelado, especialmente si, como el suscrito, se tuvo responsabilidades en los acontecimientos de los que se da cuenta". Para el autor, la CVR fue severa con el MRTA al considerarlo como uno de los causantes del conflicto armado, a pesar de que en el propio informe señala que el PCP- SL fue el principal responsable de las violaciones de los derechos humanos.

El autor acepta algunas afirmaciones de la CVR, especialmente la que señala al MRTA responsable de secuestros, tomas de rehenes e incluso asesinatos como el caso del general Enrique López Albújar. Gálvez Olaechea no rehúye a las acusaciones e indica que: "Son imputaciones innegables, y quienes participamos en el MRTA debemos asumir lo que nos toca. Reproducimos pragmáticamente el accionar de otras guerrillas" (p.116).¹ Sin embargo, a pesar de asumir las responsabilidades por los actos violentos que cometió su organización, el exmerretista considera que la CVR cayó en el discurso hegemónico existente de convertir al MRTA en una organización igual a SL.

Como se señala en el libro: "(es) cierto que el MRTA se equivocó sin duda, se hicieron cosas graves. Gravísimas. Pero ni el más osado de sus destructores se atrevería a imputarle un hecho equivalente al de Lucanamarca (...)" (p.150). Con ello el autor busca diferenciar a su organización de SL

¹ Aquel pragmatismo a la hora de elegir por la violencia la mencionada también el ex guerrillero del grupo Montoneros de Argentina, Héctor Ricardo Leis, en su libro *Un testamento de los años 70: Terrorismo, política y verdad en la Argentina* (Katz Editores), quien en comparación con Gálvez Olaechea admite que grupo al que perteneció, empleó métodos terroristas y explica algo que probablemente ocurrió a su contraparte peruana al mencionar que: "En esa época nadie pensaba que una organización revolucionaria, aun cuando pusiera bombas y matara personas inocentes, pudiera ser terrorista. Al igual que mis compañeros, yo era un terrorista de alma bella". (p.33)

y trata de argumentar que por las diferencias en métodos e ideología el MRTA merece un tratamiento distinto en la memoria de los años de la violencia.

RECONCILIACIÓN Y PERDÓN

Otra de las reflexiones que hace el autor respecto al Informe de la CVR es sobre el controvertido tema de la reconciliación del país, el cual era uno de los mandatos de esta comisión y que sin duda sigue siendo una tarea pendiente. Según Gálvez Olaechea, para que haya una reconciliación real, esta debe ocurrir entre las partes enfrentadas, incluyendo a quienes pertenecieron a grupos armados, algo que hasta ahora es un tema tabú en la sociedad peruana. “Si en El Salvador, Guatemala o Colombia se hubiera “hablado” de reconciliación sin los alzados en armas, se habría considerado una ligereza o una broma” (p.128), menciona.

Para el autor, la sociedad peruana reacciona ante los condenados por terrorismo como si aún fueran un peligro y cualquier tipo de prudencia se convierte en complicidad con el enemigo, manteniendo una lógica de guerra.

Asimismo, la explicación que plantea sobre la falta de un proceso de reconciliación en el país, a diferencia de otras experiencias latinoamericanas, radica en una derrota total de los grupos insurgentes en el Perú, los cuales terminaron estigmatizados como “terroristas”. Para el autor, la sociedad peruana reacciona ante los condenados por terrorismo como si aún fueran un peligro y cualquier tipo de prudencia se convierte en complicidad con el enemigo, manteniendo una lógica de guerra.

Gálvez Olaechea intenta desmontar esta percepción usando como ejemplo la condición de reincidencia, puesto que de las miles de personas que estuvieron en prisión por terrorismo, ninguna reincidió en el delito. Este motivo, según el autor, derrumba el argumento de que los prisioneros que han cumplido su condena son una amenaza a la sociedad. Sobre este punto, el autor incluye más ejemplos de los giros que dieron muchos de los “terroristas” luego de ser capturados. Uno de estos casos es el de Sístero García Torres, uno de los mandos del MRTA en San Martín y quien, tras entregarse al Ejército, fue testigo en los juicios de muchos de sus excompañeros de armas, para luego pasar a ser jefe de la campaña electoral del candidato fujimorista Rolando Reátegui a la alcaldía de Tarapoto.

Así, la reflexión que hace Gálvez Olaechea propone abandonar la visión de estas personas como “monstruos” y empezar a verlos como individuos que vivieron en un contexto que, al cambiar, provocó adaptaciones a las nuevas circunstancias, por lo que condenarlos a ser “apestados sociales” es una injusticia que precisamente impide una reconciliación plena entre los peruanos. Podemos concluir que *Con la palabra desarmada* cuenta el conflicto armado interno desde el punto de vista de uno de los bandos que fue derrotado, que asume los errores y plantea que se abra el debate del perdón para los que enfrentaron al Estado y la sociedad. Un tema que aún es difícil de procesar, pero que será necesario enfrentar en algún momento. —■

Este artículo debe citarse de la siguiente manera:

Segura, Óscar “Un testimonio de la violencia: Reseña de *Con la palabra desarmada*, de Alberto Gálvez Olaechea.”. En *Revista Argumentos*, año 10, n.º 1. Febrero 2016. Disponible en <http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/un-testimonio-de-la-violencia-resena-de-con-la-palabra-desarmada-de-alberto-galvez-olaechoa/> ISSN 2076-7722

La revista Argumentos del Instituto de Estudios Peruanos es, desde 2008, una publicación electrónica bimestral de acceso libre. El objetivo de la revista es aportar al diálogo y el intercambio crítico de ideas en el país, desde una perspectiva pluralista e interdisciplinaria.

ARGUMENTOS busca ser un punto intermedio entre el texto académico y el periodístico, que combine la reflexión informada sobre temas de coyuntura con la investigación social sobre nuevos y persistentes problemas en el país. Nuestro público objetivo es amplio: la academia nacional e internacional, estudiantes universitarios, periodistas, políticos e instituciones sociales vinculadas a la investigación y el desarrollo del país.
